

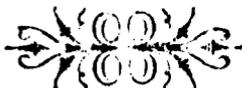
LA VOZ DE ICOD

• CUENTOS ESCOGIDOS

UN DOCUMENTO

FOR

LEOPOLDO ALAS



VILLA DE ICOD

Imprenta de Federico Hernández

Chorra, número 16

1897

La ilustre Duquesa del Triunfo ha dado á sus criados la orden terminante de no recibir á nadie. No está en casa. En efecto, su espíritu vuela muy lejos de la estrecha cárcel dorada de aquel tocador azul y blanco, que tantas veces llamaron santuario de la hermosura los revisteros de la casa. Porque es de notar que la Duquesa tiene tan completo el servicio de sus múltiples necesidades, que hay entre su servidumbre muchos que ejercen funciones que el mundo clasifica entre las artes liberales; y así como dispone de amantes de semana, también tiene revisteros de salones, que dedican á los de tan ilustre dama todos los galicismos de su elegante pluma.

Amantes de semana he dicho: ¡ah! Cristina, el nombre de la Duquesa, hace mucho tiempo que ha despedido á todos sus adoradores. A los treinta y seis años se ha declarado fuera de combate, la que un día antes coqueteaba con toda la gracia de la más lozana juventud.

Uno de sus apasionados ha tenido la ocurrencia de re-

galarle una edición diamante de los más poéticos libros de la mística española; otro adorador, éste platónico, la ha recomendado las obras de Schleiermacher (la Duquesa ha sido embajadora en Berlín, y ha vivido en Viena con un célebre poeta ruso). Entre el adorador platónico, natural de Weimar, los místicos españoles y Schleiermacher han conseguido que la Duquesa introduzca en su tocador reformas radicales, y ahora se lava nada más que con agua de la fuente, y gasta apenas una hora en su tocado, pero tan bien aprovechada, que este sol que se declara en decadencia es más hermoso en el ocaso que cuando brillaba en el cenit. Ya no mira la Duquesa como quien prende fuego al mundo, sino con ojos lánguidos, que fingan, sin querer fingir, una sencillez y una modestia encantadoras; los más bizarros caballeros de la brillante juventud, á que fué siempre aficionada la Duquesa, ya no le merecen más que miradas maternales; parece que les dice con los ojos: «Ya no sois para mí; os admiro, os comprendo y adoro como obras maravillosas de la naturaleza; pero esta adoración es desinteresada; nada espero, nada esperéis tampoco; veo en vosotros los hijos que no tengo y que echo de menos ahora; si aun os agrado, gozad en silencio del espectáculo interesante de una hermosura que se desmorona; pero callad, no me habléis de amor, seriais indiscretos. Hay algo más que el amor; yo nazco á nueva vida, y el galanteo sería en mí una flaqueza que probaría la ruindad de mi espíritu. Adorad si queréis; pero yo sólo puedo pagaros con un cariño de madre »

Todo este discurso, que yo atribuyo á los ojos de Cristina, lo había leído en ellos el joven escritor, periodista y novelista, Fernando Flores, muy aficionado, como la Duquesa, á los ejercicios de destreza corporal, y abonado al

pasado del Circo de Price, en Recoletos. La Duquesa asistía á las funciones de moda los viernes de todas las semanas. Rodeábanla amigos, que tenían la obligación de no requerirla de amores. Esta nueva fase de la sensibilidad exquisita y ya estragada de Cristina no la conocía el público, que había hecho, como suele, una leyenda escandalosa de la vida de aquella mujer. En esta leyenda la calunnia y la malicia habían puesto lo que les inspirara la pasión política, pues el Duque era un personaje político de importancia, de esos que los demagogos piensan colgar de los faroles, ó no hay justicia en la tierra. La admiración, este homenaje que siempre tendrá la belleza, había prestado las tintas suaves del fantástico cuadro en que Cristina aparecía como un Don Juan del sexo débil. La inmoralidad de su vida y la odiosidad que acompañaba al nombre de su reaccionario y un tanto cruel esposo, la rodeaban de una especie de aureola diabólica; el pueblo sobre todo, las honradas envidiosas de la clase media, hablaban de la Duquesa con un afectado desprecio, como de la personificación del escándalo; pero cuando ella pasaba, donde quiera se abría calle, á veces se hacía corro, y ojos y bocas abiertos daban testimonio de la general admiración; el pasmo que causaba el prestigio de la distinción y la hermosura suspendía en las bocas abiertas las necedades de la hipocresía y de la maliciosa envidia. Muchos, con los labios entreabiertos para decir «¡qué escándalo!», acababan por suspirar diciendo «¡qué hermosura!». Los ojos de las damas, que desde la obscuridad de una belleza vulgar y de una corrupción adocenada miraban con las afecciones del rencor á Cristina, pecaban más con sólo aquella mirada que la ilustre señora había pecado en toda su vida, devorando con las llamaradas de sus pupilas cuanto el

amor les diera en alimento y en holocausto á su hermosura. Cristina, en público, conociendo cuanto de ella se pensaba y se decía, presentábase como los reyes, que atraviesan una multitud en que hay amigos y enemigos, odio y admiración; ó como los grandes artistas del teatro, que saludan á un público que aplaude y silba; estos personajes aprenden un movimiento singular de los ojos; sus miradas son de una discreción que sólo se adquiere con la experiencia de estas batallas del favor y de la enemistad de la muchedumbre. Cristina fijaba pocas veces los ojos en los individuos de la multitud, cuyos favores, sin embargo, era los que más agradecía. El público es siempre el rival más temible; la mujer más fiel se distrae y deja de oír al amante por mirarse en los mil ojos del Argos enamorado, de la multitud que contempla. Cristina amaba como ninguna otra mujer al adorador anónimo; á este amante no había renunciado, ni aun despues de leer á San Juan y á Schleiermacher; pero temía mirarle cara á cara en los ojos de una de sus personalidades, porque el descarado estúpido, la envidia grossera y cruel, y otras cien malas pasiones, le habían devuelto más de una vez miradas de cínica audacia, de repugnante malicia ó de irritante desprecio. Esta misma prudencia en el mirar, en el observar el efecto producido, daba más gracia y atractivo á la Duquesa.

A lo menos, á Fernando Flores, que había conocido todo esto, le encantaba aquella extraña y misteriosa relación entre la Duquesa y la multitud.

Él también era multitud. Apoyado en el antepecho que separa el *paseo* de los palcos, contemplaba todos los viernes á su sabor aquella hermosura célebre, como los verdaderos amantes de la pintura acuden uno y otro día al Museo á

contemplar horas y horas, en silencio, una maravilla de pincel de Velazquez ó quien sea el pintor favorito.

Fernando llegaba á los treinta, y mirando atras, no veía en sus recuerdos aventuras en que figurasen duquesas. Daba base por desengañado antes de conocer el mundo, del cual sólo sabía por lo que dicen las novelas y por lo poco que le enseñara una observación constante, sobrado perspicaz y hecha á demasiada distancia. Parecíale tan ridícula la idea de enamorarse de Cristina, que sin miedo la miraba y admiraba. No era presumido en cuanto á galanteos, y despreciaba con noble orgullo á los aventureros del amor, que aspiran á subir adonde jamás llegarían por su propio valor, merced á los favores de las damas.

Cierta viernes del mes de Mayo llegó á su palco Cristina con su hija única, Enriqueta, de quince años, y dos bizarreros generales, que habían sido amantes de la Duquesa, lo menos en la opinión del vulgo. Vestía de negro, como su hija, y su pelo, como la endrina y abundante, recogido en gracioso moño sobre la cabeza, dejaba ver el blanco, fuerte y voluptuoso cuello, tentación irresistible, donde la imaginación del enamorado público daba besos á miles.

La Duquesa, al pasar cerca de Flores, tocóle en el rostro con los encajes de una manga, y dejóle envuelto en una atmósfera de olores tan delicados, intensos y dulcísimos, tan impregnada de lo que se puede llamar esencia de gran dama, que Fernando expresó así, allá para sus adentros, lo que sintió al aspirar aquella ráfaga de perfumes soñados: «¡Parece que estoy mascando amor!»

Lo cierto es que el pobre muchacho, con gran vergüenza suya, se sintió conmovido hasta los huesos por una nueva clase de emociones, que le indignaba desconocer á sus años

y siendo un novelista acreditado, y acreditado de escribir conforme el arte nuevo, esto es, tomando de la realidad sus obras.

En cuanto Cristina estuvo sentada en su palco, enfrente de Fernando, pero no tan enfrente, que no tuviese que volver un poco la cabeza en el caso inverosímil, absurdo, de querer mirarle, el novelista consagró todo su espíritu á la contemplación ordinaria, y job casualidad incomprensible e inexplicable por las leyes naturales y corrientes de la vida! Cristina, no bien hubo sacado de la caja los gemelos, dirigiólos al humilde escritor, que tembló como si le mirase con dos cañones cargados de abrasadora metralla.

Figúrese el lector al amante del arte, que antes suponíamos, enamorado de una virgen de Murillo, y que la contempla embelesado días y días, y uno cualquiera ve que la divina figura le sonríe como le sonreiría una virgen de Murillo si, en efecto, pudiera. Pues la impresión de este hombre sintió Fernando al ver que los gemelos de la Duquesa se clavaban en él, positivamente en él. El joven contemplaba siempre á la ilustre dama sin más esperanza de correspondencia que la que pudiera tener el que fuera á *hacer el oso* á una de aquellas hermosas y nobles damas que retrató Pantoja, que miran en su limpia sala del Museo, con miradas de lujuria inacabable, al espectador de todos los siglos. No era, por lo común, descarado nuestro héroe para mirar á las mujeres; pero á Cristina si la miraba tenazmente, sin miedo, creyéndose seguro en la obscuridad de la multitud. «¡Hay tantos ojos que devoran su hermosura! — pensaba — ¿qué importan dos más?» Y miraba, y miraba, sin que en el placer que mirando recibía entrase para nada la vanidad, que suele ser, en tales ocasiones, el principal atractivo. Aunque sabía to

dos los casos que refieren las novelas, y hasta las historias, de grandes abismos sociales, que salta el amor de un brinco, no creía que esto aconteciese en la vida real casi nunca, y la posibilidad lógica de que á él le sucediese encontrarse en una aventura de esta índole parecía semejante á la de ganar el premio grande de la lotería: jugaba y era posible ganar ese premio; pero ni se acordaba de él. Por más que en Flores protestasen una porción de nobles sentimientos, y hasta el orgullo ofendido con el placer que sentía, antes de que la reflexión pudiera deshacer el encanto, el corazón le latió con fuerza; un sudorcillo tibio que parecía que le regaba por dentro, le invadía de una voluptuosidad también nueva, y, lo que es peor que eso, sintió en el alma, en el alma espiritual, no en el alma del cuerpo, que dicen que hay algunos filósofos; digo que sintió en lo más íntimo de sí, una ternura caliente, calentísima, que parecía acariciarle las entrañas y aflojar no sé qué cuerdas tirantes que hay en el espíritu de los que se han acostumbrado á sofocar ilusiones, á matar sueños y aspiraciones locas y románticas, decididos á ser unos muy sosos hombres de juicio. De éstos era Flores, y esa flojedad que digo sintió, y con ella una alegría que le parecía soplada dentro por los ángeles; y á más de este encanto, en que él era pasivo, notó que, por cuenta propia, se había puesto el corazón á agradecer la mirada de la Duquesa, y agradecerla de suerte que todas las entrañas se derretían, y era el agradecimiento aquel nueva fuente de placeres, que disputó celestiales sin ninguna duda. El pobrecito quiso apartar los ojos de aquellos que le miraban detrás de dos oscuros agujeros, en que él veía llamaradas; pero la voluntad ya era esclava, y fué tras los ojos á abismarse en la boca de los cañones que tenía en frente.

Bueno será que se sepa cómo recibieron allá dentro la irada del *joven del Circo*, que era como le llamaba la Duessa hacia algunas semanas; por supuesto, que se lo llama para sus adentros, pues con nadie había hablado de tal personaje.

Cristina, que un mes antes estaba enajenada de San Juan la Cruz, y hubiera dado cualquier cosa por ser ella la esia de Cristo, la esposa mística á quien el santo requiebra, y finalmente, había cambiado de ídolo y se había dicho: «que yo necesito es un amor humano; pero verdadero, espiritual, desinteresado, en que no entro para nada el deseo poseerme como carne, que incita, ni la vanidad de hacerse obre siendo mi amante.» Cos adoradores jurados le causan hastío. Todos le parecían el mismo. Cerraba los ojos veía un hombre *en habit noir*, como decían ellos, con gran phera almidonada (*plastrón*), que daba la mano como un wu, que era uniformemente escéptico, sistemáticamente cial, y que decía en francés todas las vulgaridades que ren por el mundo traducidas á todos los idiomas. La Duessa esperaba á los treinta y seis años algo nuevo, que no se un adulterio más, sino un amor puro, como ella no lo pla conocido, como lo deseaba para su Enriqueta.

«Cuántas veces, mirando con su rápida y prudentísima mirada á la multitud que la rodeaba, se había dicho: «¿Está ahí?» Una noche, en Price, al decir *bon soir* á un joven stócrata, á quien llamaban *Pinchagatos* (Dios sabe por qué), flaco, menudo, casi ciego, pero atrevidísimo con las jeres, Cristina, que le baba la mano con repugnancia, erró que los ojos de un espectador del paseo se fijaban, clavaban en el sietemesino insolente. Salíó del palco *chagatos*, que se fué saludando á todas las damas qu

encontraba al paso, y la mirada tenaz le seguía. Cuando el joven aristócrata y mal formado se perdió de vista, los ojos del paseo volviéronse á Cristina, y suaves, melancólicos, tranquilos ya, fijáronse en ella, como para saborear un deleite habitual interrumpido. Desde aquel momento, aunque Flores no pudo comprenderlo, ni lo soñó siquiera, su contemplación constante fué espíada. Y ¡qué hubiera dicho el infeliz si hubiese sabido que existía en Madrid una gran dama para quien eran todos los placeres de la corte, y que todos los despreciaba, mientras aguardaba ansiosa la noche del viernes, el día de moda de Priel! Y ¿por qué? Porque esa noche la consagraba ella, hacía algunas semanas, á un espionaje que le causaba una clase de delicias que tenían la frescura y el eucanto fortísimo de las emociones nuevas. Cristina no miraba á Fernando cuando sabía que él la miraba; pero gozaba del placer de sentir, sin verle, que sus ojos estaban cobándose en ella. Véale y no le vea, mirábele y no le miraba; esto ya saben todas las mujeres cómo se hace. Flores no sospechaba nada; creíase á solas en su contemplación y procuraba saciar el apetito de contemplar sin miedo de ser sorprendido. Bien conocía esto la Duquesa; veía que el joven del Circo la miraba, como hubiera podido hacerlo un miserable insecto de los que cantan himnos al sol en los prados al mediodía. ¿Qué le importa al insecto que el sol le vea ó no? para gozar de la delicia que le dan sus rayos, y agradecérsela cantando, le basta con la humildad su obscuro albergue bajo la hierba. Esto del insecto no le había caído á la Duquesa en saco roto, como se dice: desde que se le ocurrió tal comparación, tomóse ella por sol, al pie de la letra, y Flores fué el insecto enamorado, que le cantaba con los ojos himnos de adoración. ¡Que delicia-

deza de sentimiento, qué divina voluptuosidad, qué caridad sublime, qué *distinción*, en suma, había en preferir bajarse á contemplar el mísero gusano y despreciar á las estrellas de su córte interplanetaria! ¡Qué orgullosa estaba Cristina! ¡Cuán por encima de las coquetas vulgares del gran mundo se contemplaba, consagrando entera su alma á aquel purísimo, delicado placer, que á espíritus ménos escogidos les parecería insípido é indigno de una grande de España! Las mil invitaciones que cada día la obligaban á del tal ó cual proyecto de diversión no la obligaron nunca, desde que vió á Flores, á perder su abono de los viernes. Sus amigos habían llegado á sospechar si estaría enamorada de algun clown ó de algun aletta. Lo cierto es que ella gozaba, como en su primera juventud, al llegar la hora del espectáculo, al sentirse arrastrada en su coche hácia el circo de Renoletos, al atravesar los pasillos, al sentarse en su palco, saboreando de antemano las delicias de aquella noche. Si Flores aun no estaba en la primera fila del paseo, casi enfrente del palco, la Duquesa se alarmaba seriamente. ¿No vendrá? Pero nunca tardó más de un cuarto de hora. Llegaba con su pardessus al brazo, modestamente vestido; pero con una elegancia natural, que era más del cuerpo que del traje; poco á poco iba abriéndose camino entre los espectadores del paseo, llegaba á la primera fila, pues nadie resistía á la insistencia del que *quería estar allí* (como sucede en los demás negocios del mundo), y dejando el abrigo sobre el antepecho, y apoyando el brazo en el abrigo, y en la mano la cabeza, consagrábase á sus religiosos ejercicios de admiración extática. Ya estaba contenta Cristina; parecía que habían dado más luz á la ciuita de gas que festoneaba las columnas; que la música era más alegre y estrepitosa.

los alcides más fuertes, los clowns más graciosos; el olor acre que subía de la pista le encendía los sentidos; las resonancias del Circo le parecían voces interiores, y como que se restregaba el perezoso espíritu, sintiendo dulcísimo cosquilleo, contra aquella mirada que era firme muralla de acero. Sí, se apoyaba el alma de la Duquesa en la mirada de Fernando, como su espalda en el respaldo de la silla, en abandono lánguido. Esto no es amor, se decía la Duquesa al acostarse. Yo ya no amo; todo eso ha concluído. Pero es mucho mejor que el amor lo que siento. Ese muchacho no me gusta ni me disgusta *como físico*; es otra cosa lo que me encanta en él; es su adoración tenaz, sin esperanza, torpe para adivinar que está vista y que está agradecida. Algunas veces, aunque temerosa de romper el encanto haciendo dar un paso á la sutil aventura, había arriesgado la Duquesa miradas que podían llamar la atención de Flores. De repente, cuando sabía que la miraba, volvía ella los ojos hácia los suyos, como un disparo certero, y las pupilas chocaban, desde lejos, con las pupilas. Pero en vano; los ojos de Flores no revelaban ninguna emoción; parecían los ojos de un ciego que están en una mirada eterna fijos, mirando la obscuridad, cual esas ventanas pintadas, por simetría, en las paredes, por donde no pasa la luz. Cristina, perspicaz, llegó á explicarse esta impasibilidad, y al dar con la verdadera causa sintió más placer que nunca. El joven, que no ponía ni pizca de vanidad en cuanto hacía, que no iba á *hacer caso á una duquesa*, era bastante modesto para figurarse que su adoración era conocida; creía que Cristina le miraba si verlo, como á tantos otros, por casualidad. Pero, entre tanto ella comenzaba á impacientarse; todo aquello era delicioso pero no debía de ser eterno; y siguiendo, sin darse cuenta

ácticas antiguas, quiso *adelantar algo*, ya que de él no había que esperar nada. No creía ella que adelantando perdería a aventura su carácter ideal, fantástico, su naturaleza etérea, incomprendible para el vulgo de las grandes señoras. Y entonces fué cuando se resolvió *á clavarle los gemelos* al joven del paseo.

La mirada que Fernando dejó caer, sin quererlo, dentro de aquellos, que se le antojaban dos cañones, debía de ir llena de la expresión de aquellas nuevas, profundas, tiernas y dulces emociones que procuré describir á su tiempo; porque Cristina, al recogerla dentro de sus gemelos, y sentirla pasar por la retina al alma, quedóse como espantada de gozar placer tan intenso en regiones de su sér en que jamás había sentido más que unas ligeras cosquillas.

Separó del rostro los gemelos; vióuse y miráronse cara á cara la gran dama y el humilde escritor... Todavía Fernando, aferrado á su modestia, miró hácia atrás, dudando que fuese para él mirada en que había ya hasta palabras.... Pero no cabía dudar más; á su espalda estaba un segoviano con la boca abierta, y detrás de éste, las gradas vacías. ¡Le miraba á él! La Duquesa del Triunfo miraba á Fernando Flores, autor de dos novelas naturalistas, vendidas por seis mil reales cada una!

La Duquesa solía salir del Circo antes de terminar la función. Aquella noche vió hasta el comienzo del último ejercicio; entonces se levantó, se dejó poner el chal, salió del palco, se acercó á Fernando, que no movía pie, ni mano, nada; al llegar á tocar con el hombro en los bigotes del muchacho, que estaba inclinado sobre el autepecho del palco, se deluvo para esperar á Enriqueta, que estaba en el

palco todavía. Fueron pocos segundos; el hombro de la Duquesa tocó en el bigote y en la nariz del novelista; él se incorporó un tanto; los ojos estuvieron frente á los ojos, á un decímetro escaso de distancia; la mariposa cayó en la llama; rayos y truenos! La Duquesa dejó que en su rostro se dibujara como la aurora de una sonrisa; Fernando, sin querer, sonrió con el encanto; la sonrisa de la Duquesa se definió entonces; se besaron los ojos..... y mientras la orquesta tocaba la Marcha Real, porque el Rey salía de su palco, Cristina se perdía á lo lejos entre las otras damas que dejaban el Circo. Fernando, inmóvil, olvidado del mundo de fuera, se dividía en dos por dentro: uno, el que era más él, gozaba el placer más intenso de su vida, y el otro, avergonzado, sentía la derrota de la orgullosa modestia. «¡Al fin, soy un necio!—decía este censor de la conciencia.—Creo que le he gustado á una duquesa; estoy enamorado de la Duquesa del Triunfo; me ha sonreído y he sonreído; soy su adorador y ella lo sabe! ¡Ridículo! ¡Eternamente ridículo!... Y huyó del teatro; y creía, huyendo, que el sonar del bombo y los platillos era una gran silba que le daba el público, una silba solemne, con los acordes de la Marcha Real, que es, en ocasiones, una gran ironía, un sarcasmo.....

II

Fernando llegó á su modesta habitación de la fonda, como escritor silbado que huye del público cruel. Sobre el velador de su gabfnete estaban esparcidas infinidad de cuartillas, en blanco unas, y otras ennegrecidas por apretados renglones; un *Musset*, *poesias*, asomaba entre aquel cúmulo de papeles sueltos. En aquel desorden estaba su pensamiento

de pocas horas antes, y parecía que ya le separaban de él siglos: al ver todo aquello, recordó el ostido de su espíritu según era antes de haber ido al Circo. ¡Malhadada noche! Adios el artista, el diosencillo egoista que vivía para sí y de sus propios pensamientos, viendo en el mundo nada más que una serie de hermosas y curiosas apariencias, cuya única razón de ser era servir al novelista de modelo para sus creaciones. Pensó en su libro, en el que estaba esparcido sobre el velador; parecía obra de otro. insulsa invención, sofistería fría y descarnada, sin vida real. Su voluntad le pedía otra cosa ahora: acción, lucha; quería ser actriz en la comedia del mundo, y esto era lo que avergonzaba a Flores, al verse caer en un abismo, en el abismo de la vida activa, para la cual sabía perfectamente que no tenía facultades. ¡Esa mujer me arrastrará al mundo; seré un necio más; al rozarme, al chocar con las pasiones vulgares, pero fuertes, de que hoy me burlo, me contagiare y seré un vanidoso más, un ambicioso más, un farsante más! No temo tanto el desengaño infalible que me espera, no sé cómo ni cuándo, pero que siempre viene, como temo, el remordimiento, el amargo dejo que traerá consigo, cuando vuelva á buscar en el arte, en la muda y pasiva observación, un consuelo tardío. ... Y se acostó. No leyó aquella noche para dormirse. Apagó la luz y se quedó pensando: «Allá va don Quijote; esta es la segunda salida.... », y se despreciaba y burlaba de sí propio de todo corazón. Ya se figuraba, como su amigo Gómez, eternamente *en habit noir*, mendigando, de palco en palco, sonrisas de mujeres, apretones de manos de ilustres damas, y sufriendo desaires, que había que disimular, como Gómez, con una plácida sonrisa de angel hecho á todo. ... «¡Oh, sí, y como ella lo exija, llegaré

á escribir crónicas de salones, y describir trajes de bailes y *bíbelots* de chimenea.... Después de todo, esa mujer no ha hecho más que mirarme y sonreír. Sí, pero me ha mirado toda la noche y me ha sonreído de un modo.... y no atendía á los que la rodeaban; no pensó más que en mí, eso es seguro. ¿Y yo, estoy enamorado? El interés que esa mujer singular, quizá no tan singular como yo imagino, ha despertado en mí, ¿es amor? ¿merece este nombre? Pero ¿qué es el amor? ¿No se yo que hay mil maneras de parecer, de creerse enamorado, y ninguna acaso de estarlo de veras? El caso es que yo no sabré resistir si ella insiste.... El ridículo es inevitable. A mis ojos ya estoy en plena novela cursi. ¡Conque suceden estas cosas! Y ella se creará una mujer *aparte*, y á mí me querrá, no por mis escasos merecimientos, sino porque soy el amante cero, el amante de la multitud.» Y, sin querer, empezó á recordar muchos casos parecidos de novelas idealistas. Pero también recordó algo parecido en Balzac; recordó á la princesa que se enamora de un pobre republicano que la contempla extático desde una butaca del teatro y recordó también *La Curée*, de Zola, donde Renée, la gran dama, cede á la insistencia de un amante de azar, de un transeunte desconocido, sin más títulos que su audacia.... «Yo soy el capricho, quizá el último capricho de esa mujer.» Casi dormido, y como si en él funcionase de repente otra conciencia, pensó con tranquilidad: «¿Si lo único ridículo que hay aquí será que he visto visiones?»...

III

A la misma hora, reposando en un lecho cuya blandura, suavidad y olores voluptuosos Fernando Flores no podía

maginar siquiera, Cristina pensaba en el joven del Circo lecida a que fuera el último y el mejor amante. Lo principal era que aquel encanto, desconocido hasta entonces, no degenerase en una aventura vulgar, como todas las de su vida. Había que huir de la seducción de la materia; Schleiermacher y San Juan, de consuno, exigían que aquel amor fuera por lo divino. Ya se figuraba la Duquesa a Fernando acudiendo a misteriosa cita todas las noches; ella le recibía con un traje que no hablase a la materia; ya discurriría ella cómo puede una bata estar cortada de modo que no habla mas que al espíritu: tomaría por figurin algún grabado en que estuviera bien retratada Beatriz, y aun mejor sería recurrir a la indumentaria griega; algo como la túnica de las Pálas Atenea, ó de Venus Urania. Y ¿de qué se hablaría en aquellas sesiones de amor místico? La verdad es que allá no se le ocurría ningún asunto propio de tan altas relaciones amorosas. Pero, en fin, ello diría ¡El amor espiritual es tan fecundo en grandes ideas.....! y en último caso, hablarían los ojos. Este espiritualismo, que hoy apenas se usa, se le representaba a la Duquesa como el manjar más acogido del alma, porque ella había vivido en plena realidad, envuelta siempre en aventuras en que predominaba el sentido del tacto; y las quintas esencias del amor ideal, los matices delicadísimos de las pasiones excepcionales, con sus encrucijadas de sentimientos inefables, de adivinaciones y medias palabras, eran lo más nuevo que se pudiera ofrecer al gusto de aquel paladar acostumbrado a platos fuertes. Cristina se durmió pensando en el amor de Flores. En sueños tuvo el disgusto de notar que el joven del Circo se propasaba, procurando una mezcla de deleites humanos y divinos. principio de una corrupción sensual que era

preciso evitar á toda costa. A la mañana siguiente, el pensamiento de Cristina y el de Fernando al despertar fué el mismo. Era necesario buscarse.

Y se buscaron y se encontraron. La aventura se pareció mucho más de lo que la Duquesa deseara, á todas las aventuras en que son parte una gran señora y un joven de modesta posición. Tuvo ella que animarle, y luchó no poco entre el encanto que le causaba la vaguedad, la indecisión de los poéticos comienzos, y el miedo de asustar al amante con un fingido recato. Él, estaba visto, no había de atreverse sin grandes garantías de buen éxito, y fué ella quien tuvo que arriesgar más de lo justo. Al fin se hablaron. Fué en un coche de alquiler. No hubo mejor medio, aunque lo buscó mejor la Duquesa, que sentía, en su nueva vida espiritual, una gran repugnancia ante semejantes vehículos. Hubiera sido mucho más á propósito una gruta, con ó sin cascada; pero fué preciso contentarse con un simon. Flores pensó «¿Habrá leído Mine. Bovary esta mujer?» No, infeliz, no ha leído tal cosa; Cristina lee á Schieermacher y á Fray Luis de Granada, no temas. El novelista acudía á las citas de amor como si fuera á fabricar moneda falsa. Estaba avergonzado hasta el fondo de la conciencia. Era un cursi más definitivamente. Gómez, con su gran pechera, su *clack* bajo el brazo, ya le parecía un héroe, no un ente ridículo. ¡También él era Gómez!

Pasaba el tiempo, y los amantes estaban como el Congreso de americanistas y otros por el estilo, siempre en las cuestiones preliminares. Se había convenido: 1.º, que aquel no era como los demás; 2.º, que la Duquesa no podía ofrecer á Fernando la virginidad de la materia; pero que, en rigor, hasta la fecha, no había...

al cabo, aquella mujer tan experimentada en las aventuras corrientes de la vida mundana, pero tan inexperta y cándida en aquellas honduras espirituales en que se había metido.

Una noche, Fernando oyó en el café á un amigo una historia de amores que, aunque no lo era, se le antojó parecida á la suya. En ella había un amante que jamás llegaba al natural objeto del amor, al fin apetecido (tomando lo de fin, no por lo último, sino por lo mejor). Flores se puso colorado; casi creyó que hablaban de él, y volvió al tormento de creerse en ridículo. Si hasta allí había sido tímido y había respetado la base 4.^a del tratado preliminar, porque él mismo creía un poco en la posibilidad de los amores en la luna (aunque como literato y hombre de escuela los negaba), desde aquel momento se decidió á ser audaz, grosero si era necesario. La Duquesa había agradecido á Fernando su delicadeza, aquel respeto á la base 4.^a; pero no dejaba de parecerle extraño, quizá un poco humillante, acaso algo sospechoso ese firme cumplimiento de convenciones que, al fin, no eran absolutas, según el mismo texto de la ley; repito que ella agradecía esta conducta, tan conforme con su ideal; pero no la hubiera esperado.

Fernando fué todo lo brutal que se había propuesto. Todo antes que el ridículo. Pero la Duquesa resistió el primer asedio con una fortaleza que sirvió para encender de veras los sentidos del amante. Mas ¡ay! al mismo tiempo que en Fernando brotaba el deseo que daba á sus devaneos un carácter más humano, se le cayó la venda de los ojos, y vió que si antes había sido ridículo, menos acaso de lo que él creía, ahora comenzaba á ser un bellaco. ¿Amaba él de veras á aquella mujer? No, decididamente no; ya es-

taba convencido de ello. En tal caso, ¿tenía derecho á exigir el último favor, á llevarla hasta el adulterio? ¡Bah, la Duquesa! Una vez más, ¿qué importaba?—respondía el sofisma.—Pero ¿aquella mujer no estaba arrepentida? ¿No se había arrancado, por espontáneo esfuerzo, á las garras del adulterio material, grosero? ¿No estaba aquella mujer en camino de regeneración? ¡Bah! era una Magdalena sin Cristo; su arrepentimiento no era moral, era un refinamiento de la corrupción; su espiritualismo, su misticismo eran falsos, eran ridículos! ¡Ridículo! ¿quién sabe? Lo parecían sin duda; Pero ¿no había alguna sinceridad en aquel arrepentimiento, aunque pareciese otra cosa? ¿No había, por lo menos, una buena intención? Si Cristina hubiese tenido un verdadero director espiritual, ¿no hubiera buscado salvación por mejor camino?..... Arrastrar otra vez á aquella mujer á la concupiscencia del cuerpo era un crimen; no era un adulterio más; era el peor de todos, peor acaso que el primero. «Sí, sí—acabó por pensar Fernando, que mantenía esta lucha con su conciencia;—ahora me vengo con certí pulos! Lo que tengo yo, que soy un cobarde, que no se me logra nunca nada de puro miedo; todos estos tiquismiquis morales no son más que el miedo de dar el segundo ataque á esa fortaleza restaurada.....» Y otra vez el pánico del ridículo le llevó á ser atrevido, brutal, grosero. Cristina sucumbió; el deleite material despertó en ella todos sus instintos de

Montón de carne lasciva,

que dijo el poeta. Schleirmacher y los místicos se fueron á

de embriaguez de los sentidos bastaron para que Flores llegara al hastío. Empezaba á saber la gente algo de aquello, y el novelista, apagada ya la sed del placer, y satisfecho como hombre de aventuras, quiso villanamente coger velas y huir del abismo que iba á tragarse. La posición de amante oficial de la Duquesa del Triunfo obligaba á mucho. ¡Oh infamial Flores hizo, contando por los dedos, el presupuesto ordinario de los gastos á que aquella vida le obligaba; no daban los libros para tanto. Además, los salones le ocuparían demasiado tiempo, y él era, ante todo, un artista. Una mañana, que durmió hasta muy tarde, arrojó en un bostezo el resto de su falso amor. «¡Eal — se dijo, revolviendo las cuartillas desordenadas de la novela, que esperaba en los primeros capítulos al distraído autor de sus páginas. — ¡Eal esto se ha concluido; yo no soy un Don Juan, ni un sietemesino, ni un hombre de mundo siquiera; yo soy un artista. Es necesario que lo sepa Cristina. No se ha perdido el tiempo al fin y al cabo. Hágome cuenta que he trabajado en la preparación de un libro; he observado, he recogido datos; creí un momento haber encontrado el amor: ¡no! es algo mejor; he encontrado un libro..... La mujer no es para mí, no podía ser; pero tengo..... el documento Crisina me servirá en adelante como *documento humano*. Hagamos su novela; es un caso de gran enseñanza. Los necios dirán que es inverosímil; pero yo le daré caracteres de verdad cambiando el original un poco.» Y escribió cuatro renglones á la Duquesa despidiéndose de ella. La inspiración le había visitado. Iba á encerrarse con la inspiración algunos meses fuera de Madrid, y en todo ese tiempo no podrían verse. Acaso le convenía ¿No se acordaba de aquella Dalila de Fenilist, que tanto le gustaba antes de que él, Fernando le

hubiese hecho despreciar á los escritores de la escuela idealista? Pues bien; el ejemplo de Dalila era una lección. El verdadero amor exigía este sacrificio. Ella sería la primera que leyese el libro que le mandaba escribir el *deus in nobis*.....

Cristina leyó esta carta con pena; pero no con tanta pena como hubiera tenido si el desengaño hubiera precedido á la *caída*. Llamaba ella la *caída* al momento en que sus amores con Fernando dejaron de ser metafísicos ¡Al fin estas relaciones iban pareciéndose á las otras! ¡Oh, no; ni éstas ni otras..... Basta..... hasta..... El amor es así..... ¿Sintió des- pecho? Eso sí; siempre se siente en tales casos.

Pasó cerca de un año. Cristina no tuvo amantes; se de- jaba adorar, pero no admitía confesores. Una noche recibió un libro encuadernado en tafilete. Era la novela de Flores, con una dedicatoria del autor: «A mi eterna amiga.» Cris- tina despidió á Clara, su doncella, y sin acostarse, pasó la noche, de claro en claro, devorando el libro. Era la historia de su vida, según ella la había dejado ver, en el abandono del amor ideal, al redomado amante. ¡Qué infamia; Fernan- do no la había amado, la había estudiado. Cuando sus ojos se clavaban en los de Cristina para anegarse en ellos, el traidor no hacía más que echar la sonda en aquel abis- mo. Como obra de arte, el libro le pareció admirable. ¡Cuánta verdad! Era ella misma; se figuró que se veía en un espejo que retrataba también el alma. En algunos ras- gos del carácter no se reconoció al principio; pero reflexio- nando, vió que era exacta la observación. El miserable no la había embellecido: cuestión de escuela. Al amanecer se quedó dormida, después de leer dos veces la última página...

A las doce dormida: arrastra en sus brazos desalina-

do con el desasosiego de aquel sueño de pocas horas, y vuelve á leer..... Pero antes ha dado orden terminante de no recibir á nadie. Quiere estar sola. Es verdad, sola está; ¡qué sola! Aquel hombre implacable, artista sin entrañas, observador frío como un escalpelo, le ha hecho la autopsia en vida y le ha hecho asistir á ella. ¡Una vivisección de la mujer que se creyó amada! A las tres almuerza Cristina, y bebe para alegrarse, para animarse. A los postres pide un frasco de *benedictina*, del cual solía probar Fernando. Se sirve una copa; pide recado de escribir á Clara, y manda esta carta á Flores:

«Fernando: He recibido tu libro. Como novela, es una obra maestra; pero, de todas maneras, tu eres un plebeyo miserable.» La Duquesa del Triunfo.

¡Ah, sí, un plebeyo!—se quedó pensando.—¡La multitud, esa multitud que me admira y me espía!..... De ahí le saqué... ¡Por algo la miraba yo con miedo!

IV

El libro de Fernando gustó mucho á los inteligentes; la crítica más ilustrada y profunda le consagró largos análisis psicológicos. Alguien dijo que el tipo de aquella mujer no existía más que en la imaginación del novelista. Fernando contestaba á esta censura con una sonrisa amarga. ¡Oh, sí, existía la mujer; era la que se había vengado de muchas injurias llamándole plebeyo!

LA VOZ DE ICOD

CUENTOS ESCOGIDOS

UN VIAGE AL TEIDE

FOR

VICENTE DE LA PEÑA



VILLA DE ICOD

Imprenta de Federico Hernandez

Chorro, número 16

AL SR. D. MIGUEL DE LA PEÑA

Querido tío: El afecto de mis amigos me ha hecho coleccionar estos artículos: permitidme que coloque vuestro nombre á su cabeza en prueba del cariño que os profesa

**VUESTRO SOBRINO,
V. MARTINEZ DE LA PEÑA**



I

Si las islas Canarias llamadas desde tiempos remotos Afortunadas, no fueran justamente célebres por su delicioso clima, por su exuberante y varia vegetación y por sus magníficos paisajes que causan admiración y encanto á quien los mira; seríanlo á no dudarlo, por el monte que se levanta casi en el centro de la isla de Tenerife, como un coloso extraordinario pretendiendo escalar el cielo.

Tal es su elevación que por algunos escritores llegó á considerarse como la mayor de la tierra, y hoy que la ciencia geográfica ha descubierto montes más elevados, se cuenta sin embargo el Teide entre las mayores alturas, superando las crestas del Pirineo y las blancas cumbres de Sierra Nevada. Este pico sorprende tanto, porque á diferencia de otros que se elevan gradualmente en una cordillera, tiene por base una isla de corta extensión, pudiendo el espectador hacer pasar la vista, en un instante dado, desde las olas que lamen las costas y las playas hasta las nubes que coro-

aspecto de una inmensa columna, y muchas veces anchas bandas de densa bruma parecen dividirlo, ofreciéndose el raro panorama de ver como flotando en el aire la cúspide del monte.

Echeyde le llamaron los primitivos habitantes de Canarias, de cuyo vocablo ha debido derivarse el de Teide con que hoy se le conoce. Aplicáronle este nombre que en su lenguaje significa *infierno*, atendiendo sin duda, á las erupciones más ó menos frecuentes de este volcán, que vomitando lava en abundancia, destruía cuanto encontraba á su paso y por ende, atendiendo á estos efectos, se le consideraba causa de grandes males. Este debe ser el motivo que tuvieron muchos autores para llamar á Tenerife, *Isla del Infierno*.

Percebese este pico á distancias considerables, pues según testimonio de varios navegantes, háse visto desde 80, 70 y 65 leguas de 20°, pudiendo ver claramente la cúspide del Teide una embarcación que se dirige á Canarias, cuando todavía esté muy lejano el puerto.

Pero de donde se disfruta de un espectáculo encantador y puede verse el Teide en toda su grandeza, es desde Icod, villa situada en el centro de un pintoresco valle.

Esta población que se extiende en forma de cruz, ofrece un golpe de vista tan bello, con sus casas blancas y los más de sus techos bermejos, que parece una ninfa recostada á la sombra del Teide. A sus pies extiéndese el mar hasta confundir en el horizonte su azul con el cielo.

El valle á que me refiero, hállese formado por dos colinas que parten de la costa hasta las faldas del pico y encierra una vegetación tan rica y tantas flores hay en su recinto que parece un florido canastillo, cuyas aromáticas

emanaciones vuelan en alas de las brisas marinas, saturando la atmósfera de gratísimos olores. Las colinas hállanse sembradas de vistosos caseríos y dibújense en ellas junto al verde claro de los nopales, franjas de doradas y oscilantes espigas; al lado de los plantíos de maiz, las frondosas plantaciones de tabaco, al mismo tiempo que varios arroyuelos cruzan regando los sembrados y se despeñan luego en otras tantas cascadas, produciendo suave murmullo y ofreciendo mil cambiantes de color á los rayos del sol.

Desde donde termina la tierra de labor, extiéndese una banda de monte de color verde oscuro, sirviendo de base á la enorme masa de piedra que se eleva descarnada y seca, sin una mata de verdura que esmalte su volcánica superficie.

Qué espectáculo tan magnífico ofrece la caída de la tarde desde aquel valle encantador! El sol ocultando su disco de fuego en las aguas del mar que con el reflejo de los rojizos rayos parece una alfombra de movibles brillantes. Las nubes coloreadas de las tintas suaves y bellísimas del crepúsculo, y finalmente, cuando el astro del día se ha ocultado por completo, vése todavía iluminado con purpúreos reflejos el alto monte, para quien aún el sol no se ha puesto, dándose el singular contraste de que envuelto el valle en sombras, todavía el Teide aparece á las miradas de los observadores, cubierto de violáceas vestiduras que se desvanecen cuando la noche ha invadido por completo las poblaciones de la isla.

Mas, en ninguna época del año es quizá tan sorprendente el efecto que produce la vista del Teide como en invierno. Durante esta estación, cúbrese de gruesa capa de nieve y las antes ásperas crestas, véuse convertidas en bru-

nidas superficies que dan al alto monte el aspecto de una montaña de plata.

En una de esas noches de Enero en que la clara luna se desliza por un cielo límpido y sereno, dibujando su tenue luz cintas espumosas en las playas y en las rientes cascadas, pintando á su vez confusamente las casas y los árboles, se refleja de lleno en aquella mara gigantesca que cual inmensa pirámide de argentino brillo, parece levantada á los cielos para servir de pedestal á las brillantes y fúlgidas estrellas.

Pero llega la Primavera y poco á poco vá deshaciéndose el Teide de su nivea vestidura. Esta se convierte en lágrimas que han de alimentar las nuevas flores que más tarde le elevan agradecidas aromáticos suspiros, entre nubes de pintadas mariposas criadas con el nectar de sus capullos. Cuando esto sucede, van apareciendo filetes de piedra en aquella masa blanca; los filetes aumentan y pronto son grandes manchas oscuras que se estienden más y más, hasta que solo se distinguen líneas blancas en la roca volcánica del monte y que el sol de estío hace desaparecer por completo.

La admiración que siempre me causó la vista del Teide, las frecuentes escursiones que á su cúspide hacen los hijos del pais y los extrangeros, las distintas narraciones que escuché á los que habían subido á ella, motivos fueron que me impulsaron á llevar á cabo una ascensión, como lo verifiqué. De mi viaje é impresiones daré una lijera idea en los artículos siguientes.

II

El día 23 de Agosto de 1877 fué el designado para la ascensión. Había que escoger un día durante el plenilunio para poder caminar á la luz de la luna por la accidentada superficie de la montaña.

La mañana amaneció serena, ni una nube empañaba el azul del cielo; el Teide se mostraba desnudo é imponente y me parecía imposible al contemplarlo, poder escalar su cima. Mas, á medida que el astro del día se elevaba, algunas nubes se extendieron por el monte y horas después estaba envuelto completamente en un manto de bruma. Los que formábamos parte de la expedición nos vimos contrariados por la mudanza del tiempo, pero resuelto el viaje difícil era prorrogarlo, y á las 12 del día dimos un adios á nuestros amigos que nos despedían cariñosamente y deseaban un feliz regreso.

Alegres y contentos dejamos el pueblo de Icod, con el júbilo del que va á ver realizada una de sus más preciadas esperanzas, y como á una hora de nuestra partida atravesábamos ya un terreno montuoso y sumamente pintoresco.

Este sitio era muy accidentado; ora bajábamos á una hoya sembrada de verdes pinos que elevaban sus copas á considerable altura, formando verde espesa bóveda y proporcionándonos gratísima sombra; luego ascendíamos á una cumbre que era el límite de nuevas honduras y desde donde se contemplaba un dilatado horizonte de verdura; á veces encontrábamos una casita, que con una blanca

la habitaban nos saludaban afectuosamente al paso; ya veíamos repletas eras en las que los labradores guiando fuertes yuntas y al son de sus cantares desgranaban hazes de doradas espigas.

De esta suerte, de impresión en impresión, fuimos pasando el camino sin que los rigores del sol de Agosto ni las incomodidades de la ascensión pudieran entristecernos. Antes bien, animados con tantos paisajes bellísimos, deseábamos que el viaje se prolongara, si tantos encantos había de ofrecernos la Naturaleza.

Salimos, al cabo, del bosque y se ofreció á nuestra vista un terreno pedregoso, sin vegetación y formando un pequeño declive hácia un sitio desde donde se alzaba una pendiente por un lado y apareciendo de otro, la roca cortada casi á plomo, teñida de color blancuzco que era más pronunciado en algunas de sus capas. Allí existe una fuente en una galería abierta en su base y aquel debía ser el lugar de nuestro primer descanso. Serían las 4 de la tarde cuando llegamos á la *fuelle de Pedro*, que así se llama el referido sitio, y nos dispusimos á esperar algunos instantes, mientras comían un pienso nuestras caballerías y nos aprovisionábamos del agua indispensable para lo que nos restaba de expedición.

Acompañados de un nuevo práctico que nos había de guiar en nuestro viaje y como no había tiempo que perder, nos pusimos nuevamente en marcha á las 5 de la tarde satisfechos con los panoramas que habíamos admirado y llenos de gozo y esperanza por las nuevas sorpresas que nos esperaban.

El terreno que cruzábamos era de difícil acceso; á una pendiente rápida añadía una superficie cubierta casi, de

cantos volcánicos, donde no podían afianzar sus cascos las cabalgaduras, produciendo esto el natural cansancio y haciendo que fuésemos con el mayor cuidado por aquellas laderas.

A nuestro frente se elevaba una masa de piedra iluminada por los rayos del sol con rojizo tinte y que sin duda por su figura se llama *la fortaleza*. El espacio que nos separaba de esta altura, era relativamente corto, después de haber caminado por espacio de una hora, cuando nos paramos un momento y dirigimos una mirada á nuestra espalda, quedándonos verdaderamente sorprendidos al contemplar un paisaje encantador y que es punto menos que imposible describir.

Estábamos á una altura considerable; las nubes casi á nuestros pies, ocultaban por completo las partes bajas de la isla; no se veían los pinares de Tenerife, ni sus risueños valles, ni sus bellas poblaciones.

Pero en cambio, ante nuestros ojos se extendía una alfombra de nubes como copos de algodón, afectando figuras diversas sus deliciosas curvas y siendo como un rico manto de armiño en que envolvía sus tesoros la virginal Nivaria. En medio de aquel océano de inmóviles ondas, sobresalía una cumbre. Al pronto y engañados por la vista creímos que era algún cerro de Tenerife; luego nos convencimos ser una isla vecina que iluminada por los destellos postreros del sol póniente, parecía un ramillete de rosas en aquel inmenso lecho de algodón.

Pero á poco, las vaporosas superficies de las nubes fueron perdiendo sus tonos fuertes de color. Aparecían primeramente orladas de púrpura y oro, luego veíamos borrarse su brillo tiñéndose de un color de rosa palida, y por fin la

violeta les prestó sus suaves tintas que también se desvanecieron, quedándose convertidas en una envoltura plomiza que apenas podía distinguirse á los pálidos rayos de la bella mensajera de la noche.

Atóuitos permanecimos largo rato hasta que continuamos nuevamente nuestra marcha, impresionados con el magnífico espectáculo que acabábamos de presenciar.

Ya al pié de la fortaleza, rodeamos parte de su gran masa cruzando luego un terreno llano, compuesto en su mayor parte de arena blanquiza y sembrado á grandes trochos de enormes peñascos. La vegetación en este punto se muestra por la planta conocida con el nombre de retama, cuyas ramas punteadas y casi secas, parecían aumentar la aridez de aquellas solitarias alturas.

Todo estaba en silencio á nuestro alrededor, las pisadas de las caballerías se perdían en la arena; solamente alguna vez percibíamos el timbre diverso de las esquilas de algunos ebaños que en largas filas cruzaban por las laderas en busca de sus albergues, ó el triste batido de los tiernos corrieres que contrastaba con el desagradable graznido de las aves de rapaña que se alimentan de algun animal que muere en aquellos parajes.

Atravesamos las cañadas, inmenso círculo de montañas que rodea al Teide casi por completo, y que por algunos sitios es considerado como el antiguo volcán de donde ha nacido este. Seguimos avanzando y mirábamos ansiosos el sitio que había de ser el término de nuestro viaje, pero al ver que la cúspide del monte huiera de nosotros nos parecía que siempre estábamos á igual distancia.

Desde aquella elevada meseta vimos como una iluminación en la isla de Gran Canaria, sin que pudiéramos darnos

explicación satisfactoria del fenómeno. Habríamos andado una hora por aquellas arenas, cuando notamos una ligera mancha en el claro disco de la luna. Para aquella noche se había anunciado un eclipse total, y en efecto poco á poco fué desapareciendo el astro de la noche devorado por un monstruo de sombra.

Aprovechamos cuanto nos fué posible su mortecina claridad que se extinguía por momentos, y como que no pudiendo proseguir, nos detuvimos al pie de una montaña de piedra pómez, antes que las tinieblas nos envolvieran por completo en su denso manto.

III

Hicimos alto al pie de una montaña que por su estructura se llama el *montón de trigo*. A pesar de ser Agosto, el frío entumecía nuestros miembros; las caballerías tiritaban y eso que habíamos tomado la precaución de abrigras con mantas. Hubo pues que encender hogueras y muy pronto se hizo acopio de troncos secos de retama que nos proporcionaron luz y calor.

El eclipse continuaba: ya la negra mordedura se había extendido por la luna de la que apenas se veía un delgado filete amarillento, y al poco las sombras de la noche nos rodeaban.

Yo levanté los ojos á la bóveda celeste y estuve contemplando, absorto por largo rato aquel espectáculo sublime. El negro crespón de los cielos, bordado de piedras de colores que oscilaban; el disco de la luna ocultándose envuelto en densos tules; tantos grupos de estrellas formando figuras

con que se cubría el cielo; los planetas en los que quizá haya vida más perfecta que la nuestra; muchos soles cuyos reflejos percibíamos y que quizá habrían desaparecido de nuestro horizonte años y siglos atrás, y de vez en cuando ráfagas luminosas cruzando el espacio, como destimbradores cohetes; y á nuestro alrededor un silencio profundo y todo envuelto en las tinieblas que se ofreció á mi vista.

¡Cuánta sublimidad encierra el firmamento! ¡Que ideas despierta su contemplación!

¡Ah! cuando que todos los pueblos contemplan esa bóveda fantástica que llamamos *cielo*, colorada en él su paraíso. Tras el alfombra de estrellas, se ven esos astros de radiante luz, que que existir el Sér por quien alientan todos los séres. El hombre que alza su mente y contempla tanta belleza, no puede, no, dejar de cumplir las leyes, que como revelaciones le dictan todas horas su razón.

Tal recojimiento sentimos contemplando la Naturaleza en uno de sus más grandiosos fenómenos que desde el fondo de nuestra alma se elevó un himno de alabanza al Sér Supremo que rige las leyes del Universo.

En aquellos momentos me vino á distraer una aparición siniestra, al decir de nuestros criados, que se alarmaron grandemente.

Hay en el vulgo de muchos pueblos de Canarias la singular creencia de que desde la víspera á las 12 de la mañana, hasta el día de S. Bartolomé á la misma hora, se le escapa el diablo que tiene encadenado durante la época restante del año. Todas las desgracias que acaecen en las referidas 24 horas, se atribuyen á la intervención maléfica del príncipe de los infiernos, el cual se suele aparecer to-

mando diversas formas. Nuestros lectores recordarán que verificamos la ascención el 23 de Agosto y que por ende para nuestros criados y arrieros, el diablo estaba suelto. Un perro de algun pastor, extraviado sin duda en aquellas cumbres y atraído por la luz de nuestras fogatas se acercó á nosotros, y esto fué causa de la alarma producida en aquella gente supersticiosa. Los conjuros llovían sobre el pobre perro que nos miraba á distancia; quien decia que los ojos le echaban chispas, quien le distinguía cuernos, produciendo todo esto, lances sumamente cómicos y que nos hicieron reir mucho. El animal por fin se marchó y nuestros criados asustados, llegaron á olvidar tan siniestra visita, bebiendo grandes tragos de aguardiente.

En aquel sitio comimos un bocado que apenas podíamos masticar por la mucha sequedad de las viandas; solamente las frutas estaban riquísimas, y de ellas hicimos un consumo regular.

El termómetro á las once de la noche, marcaba 9.° c. y era tal el airecillo que corría en aquellas montañas que apenas podíamos movernos, ateridos completamente.

A eso de las once comenzó la luna á recobrar su argentino brillo y poco á poco fué plateando aquellas áridas cumbres que iban rompiendo el negro manto en que estaban envueltas, mostrando mas y mas sus contornos á medida que el eclipse terminaba.

Serian las doce cuando emprendimos de nuevo la ascención por la montaña á cuya falda habíamos descansado; la subida era peligrosa y el terreno sumamente resbaladizo, pero todo lo sufríamos con gusto anhelando llegar al término deseado y desde aquella altura contemplar la salida del sol.

Tras tan difícil subida, llegamos al sitio conocido por la *estancia de los ingleses*. Compónese dicha estancia, de cuatro paredones de piedras que sirvieron en pasada época de morada á los curiosos observadores de la adelantada Albión. Hoy aquellas paredes ruinosas sirven aun de refugio á los curiosos que visitan el alto monte y nosotros nos aprovechamos de ella, dejando á su abrigo las caballerías.

Desde la *estancia* á la parte mas alta del Teide, hay dos montañas compuestas de peñascos calcinados. Para subir aquellos vericuetos fué preciso á cada cual proveerse de su correspondiente lanza é ir saltando las volcánicas piedras, evitando deslizar el pié en las numerosas aberturas que dejan entre sí.

A la media hora de camino estábamos engolfados en un conjunto informe de rocas que cual un agitado y tempestuoso mar que en un instante se hubiera petrificado, ofrecíase á nuestras miradas. Veíamos á nuestro frente moles inmensas que habíamos de escalar para descender luego y seguir de este modo avanzando por la quebrada superficie de esta parte del Teide.

En este sitio no hay vereda alguna: una pérdida puede traer funestos resultados para el que se extravíe por la gran dificultad de poderlo encontrar; el enrarecimiento del aire y la estructura de la superficie matan la voz apenas sale de nuestros labios. Los guías marcaban su derrotero, por las figuras caprichosas de sombra que se dibujaban sobre el oscuro azul del cielo.

¡Siempre recordaré la imponente severidad de aquel paisaje singular!

Los rayos de la luna se perdían en aquellas escabrosidades; la luz blanquecina que iluminaba las rocas mas

elevadas, hacía mas densa la oscuridad que las envolvía por completo en sus bases; figuras fantásticas de piedra, se destacaban en aquellos dilatados horizontes; de un lado veíase inmensa mole que simulaba una de nuestras góticas catedrales con sus punteadas cúpulas y elevadas torres; mas allá aparecía vastísimo castillo feudal con sus macisos torreones y numerosas almenas; y en todas direcciones mil figuras como pirámides de incalculable altura ó colosales estatuas levantadas por el Artífice del Mundo, en un sitio en que no pueden ser destruidas por el hombre, á los genios que han hecho dar á la humanidad un paso en el camino del progreso. A veces creía hallarme en un pais de la luna viéndome rodeado de tanta aridez y de tanto silencio en aquellas soledades como si no hubiera atmósfera que trajera una onda armoniosa á mi oído, sin ver una flor en que depositar el rocío sus lágrimas y su arrebol la blanca luna, sin percibir una mata desde donde el ruiseñor nos enviase sus amorosos ensueños.

Completamente rendidos de fatiga llegamos á la montaña que por su figura se denomina *el pan de azúcar*. Esto era el último esfuerzo que habíamos de hacer para hollar la frente augusta del coloso. Al efecto teníamos que marchar formando zig-zag, y procurando que las piedras y el casquijo que removían los que iban delante, no llegasen á nosotros, pues aquel terreno es sumamente movedizo y á medida que se apoya el pié en la pendiente, despréndense las piedras que la forman pudiendo causar graves daños á los que pasasen al par por sitios mas bajos.

Después de muchos descansos y frecuentes libaciones, pudimos llegar a las cuatro y media de la mañana á la cima del Teide.

Un grito se escapó del pecho del primero que llegó á la altura; momentos despues todos la coronábamos y era tanta nuestra alegría, que nos parecía mentira que venciendo dificultades y olvidando el cansancio hubiéramos llegado sin la menor novedad á aquel sitio.

Pero a poco, el frio se dejó sentir con gran intensidad; un aire sutilísimo nos calaba hasta los huesos, las mantas que llevábamos no bastaban á destruirlo, todos tiritando y dando diente con diente no podíamos articular palabra; el termómetro marcaba 0 y creíamos no poder resistir tan estremada temperatura.

Mas, allá por Oriente se dibujaban ligeras bandas de ópalo y rosa, bellos ropajes en que se envolvía el sol naciente que nos había de traer con sus dorados rayos luz y calor al mismo tiempo que renacía en nosotros el contento y la actividad.

IV

El silencio nos rodeaba por completo; á nuestros pies veíamos los valles y las cumbres envueltos en sombras que no se desacían al suave contacto de los rayos vertidos por la pálida luna; sobre nosotros se extendía la bóveda celeste como magnífica cúpula de la creación, sembrada de luceros; y allá por Oriente ligeros tules de oro y de grana interceptaban la luz de las estrellas que por instantes se disipaba.

Nos hallábamos en una elevación respetable. Diversa altura han dado los autores á la cima del Teide, y despues el P. Feuillee hasta Mr. Berthelot en su *Historie des Isles Canaries*, todos se hallan en desacuerdo relativamente á este

punto; nosotros estamos más conformes con la medida que consigna en su Geografía Universal Malte-Brun, según la cual resulta que el Teide se eleva á 3710 metros sobre el nivel del mar.

Desde allí íbamos á contemplar la salida del sol.

La aurora, sonriente y bella, derramaba luz y encantos; el cielo se teñía de un azul más claro, y las aguas del mar disolvían en sus ondas las rosas que aquella arrojaba á su paso. Aureolas de luz indefinible y solo comparables á las concebidas por los pintores cristianos para coronar á sus bienaventurados, aparecían en el horizonte como anunciando la magestad del astro del día.

El cielo iba recobrando su color propio y, sin embargo, Tenerife dormía aun envuelto en el sudario de la noche. Al principio, engañados por una ilusión óptica creímos que las nubes cubrían las partes bajas de la isla, pero luego vimos que lo que pensamos nubes, eran las aguas del mar que envolvían las costas en anchas bandas de espumoso encaje.

Las aureolas de luz vaga que se dibujaron primeramente en la bóveda del cielo, fueron tomando diversos tonos fuertes de color, y tres arcos de purpúreo brillo se elevaron sobre las aguas que, como mágico espejo, los reflejaban temblorosas en su cerúleo seno.

Todos nos preparamos á contemplar el espectáculo más sublime de cuantos habíamos presenciado: iba á salir el sol.

Describir la aparición de aquel globo de fuego, saliendo de entre las aguas que se separaban para darle paso y que parecían moverse por él impulsadas, es cosa imposible de todo punto. Es preciso presenciar este espectáculo para po-

derlo comprender; yo no sé lo que sentí contemplándolo; mi alma se arrodilló ante tales prodigios de la naturaleza, y uno de mis compañeros más queridos elevó al cielo, entusiasmado, una fervorosa plegaria.

El sol parecía un ascua de oro y púrpura: cuando descubrió la frente, su aurífera cabellera sobrenadó en las aguas, y una lluvia de diamantes y rubíes inundó la superficie del Océano, que á manera de inmensa y movable luna de Venecia, reflejaba la faz de fuego del astro rey en un dilatado fondo de luz resplandeciente.

Advertidos, dirigimos la mirada á nuestra espalda, y si sublime y deslumbrador era el espectáculo que presenciábamos, dulce y bello era el que ahora se ofrecía á nuestra vista.

Dos islas, la Gomera y el Hierro, envueltas en sus mantos de violetas, apenas alumbradas por los destellos del sol naciente, parecían reposar en un lecho de plumas formado por las espumas del Océano; el Teide proyectaba un cono de sombra inmenso que cubria todo el mar que nos separaba de la Gomera, extendiéndose además por esta isla y en la misma cúspide del cono aparecía la luna como un globo de alabastro que rodaba hacia el ocaso, envuelta en transparentes gasas. En aquel instante recordé á Victor Hugo: la luna tan pura y cándida, parecía una hostia consagrada que la naturaleza iba á encerrar en el grandioso sagrario de los mares.

Los instantes pasaban y nosotros atónitos, hubiéramos querido parar en su carrera los astros y el Universo todo; pero las leyes dadas una vez por el Sér Supremo jamás se tuercen y nuestra voluntad nada significaba.

Sin embargo, todavía teníamos paisajes que admirar, aunque el sol estaba sobre el horizonte para nosotros, los

valles de Tenerife no se detallaban; pero poco á poco fueron tomando color y dibujándose como si un pincel invisible les hubiera ido dando colorido y animación.

Un conocido escritor compara este fenómeno á «una melodía magnífica que comenzara por dejarse adivinar más bien que sentir, como procedente de una gran distancia; luego el oído distingue ya los acordes, y al fin encantado con aquella embriagadora armonía, del mismo modo que la vista bañada por la luz celeste, procura discernir en el conjunto, el toma que se desprende del sonoro acompañamiento.»

Esto mismo nos ocurrió: pronto distinguimos los pueblos y los caseríos coronados con diademas de verdura y arrullados con el dulce murmurio de los arroyos y el cantar continuado de las olas del mar.

Desde aquel sitio contemplamos el muelle de Santa Cruz y la bahía en cuyas aguas fué derrotado el gran Nelson perdiendo un brazo y muchos trofeos militares que son otras tantas reliquias sagradas del amor á la patria y del valor de los hijos de Canarias. A corta distancia, aunque en posición más alta, aparecía la Laguna como una respetable matrona recostada en dilatada llanura y rodeada de aldeas y pueblecitos que parecen como los centinelas avanzados que velan su tranquilo sueño. Mas acá divisamos á la Villa de la Orotava, como la reina de aquel sin igual valle, cuya fama se ha extendido por el mundo, allí rodeada de jardines, al pié de elevados pinares, respirando una atmósfera perfumada con el aroma de sus flores, pasa una vida de placeres como una huri del paríso de Mahoma. A corta distancia vése al Puerto de la Cruz como una bella niufa bañándose en las espumas.

Vimos también las demás poblaciones de la isla irse tiñendo de colores y resplandecer á la luz de la mañana. Icod coronado de pámpanos y rodeado de bosques. Garachico llorando sobre sus ruinas el recuerdo de su pasada grandeza, y todas las poblaciones lindas y blancas como castas vírgenes que hubiesen acabado de abandonar su lecho de flores.

La ilusión era completa; Tenerife se nos mostraba en delicada miniatura, sus numerosos cerros, apenas se elevaban en la llanura, las palmeras parecían puntos de color oscuro que esmaltaban los prados y los caseríos, las velas que cruzaban las aguas, lucían como blancas gaviotas que se balanceaban en las ondas.

Desde allí percibimos las islas de Gran Canaria que iluminada más inmediatamente por el sol, parecía una montaña de oro y zafir; la Palma con sus elevadas cumbres que se perdían en el resplandeciente azul de la celeste bóveda. Más lejos Lanzarote que apenas vislumbrábamos entre lejanas nubes y casi á nuestra espalda la Gomera y el Hierro como delicadas sirenas que se ocultaban á la sombra del Teide, para no recibir los ardientes rayos del naciente Febo.

Cierto acontecimiento imprevisto nos vino á distraer de tales contemplaciones. Uno de nuestros criados se había sentado sin precaución en un pequeño respiradero, de los que en aquel paraje abundan, y en contacto directo con las diversas sustancias que forman la costra del volcan; cuando al levantarse notó que el pantalón se había quedado en su asiento, accidente por demás cómico y que nos hizo reír. En efecto, aquellas sustancias sumamente corrosivas, destruyeron fácilmente los tejidos orgánicos que aquella vez

fueron los vestidos de nuestro admirado servidor. Con este motivo nos fijamos cuidadosamente en la estructura de aquel volcán donde la respiración era difícil á causa del enrarecimiento del aire y perjudicial por los muchos respiraderos de gases nocivos que en su cima se notan.

V

Después de haber permanecido largo rato admirando los tiones sin cuento de la naturaleza, y haber contemplado los espectáculos indescriptibles de que dejo hecha mención, volvimos nuestros ojos al sitio en que nos hallábamos y examinamos cuidadosamente aquella cima.

El Teide termina con una especie de corona de enormes peñascos colocados en los bordes de una concavidad llamada *caldera*, situada en plano inclinado hácia el Oeste. Su forma es elíptica, y en su centro se ven varias rocas y algunos respiraderos que despiden un humo sutilísimo.

Cuando fijamos nuestra atención, oímos un ruido sordo y lejano, como el de las enfurecidas olas del mar al romperse en las costas y que parecía producido por sustancias en ebullición en el fondo del volcán.

¡Oh! que bello es el Teide cuando en invierno se viste en nívea túnica, ó en verano se cubre de rosas al caer de la tarde, però ¡qué terribles son sus iras y cuantas lágrimas ha hecho verter cuando coronándose de fuego arroja torrentes de lava que destruyen cuanto encuenfran á su paso!

El Teide es un volcán en actividad, y de su potencia son testigo las terribles erupciones que han convertido campos verdes y floridos, y aldeas risueñas, en un montón de tristes ruinas, donde nada arraiga.

Los alrededores de la *caldera* están recubiertos de una materia rojiza, compuesta de diversas sales sumamente corrosivas; á su contacto la piel toma un color amarillento y la epidermis se destruye. El azufre nativo y sus compuestos existen allí en abundancia; basta levantar una piedra para encontrar cristalizaciones magníficas, formando caprichosas figuras, teñidas de colores varios desde amarillo limón, al verde, azul y blanco. En el centro de la *caldera* se hallan en bastante abundancia minas de azufre puro, cosa que puede observarse con solo remover una de ellas.

Hay muchos respiraderos en toda la parte que hemos llamado *el pan de azúcar*, á algunos que arrojan un humo apenas visible y solo á intervalos, mientras otros arrojan espirales más frecuentes y en mayor cantidad. Para que pueda formarse idea del calor que desprende este volcan de su seno, diré que habiendo aplicado el termómetro á un respiradero de los más pequeños, durante medio minuto, subió 30.° c.

Pero el calor se hacía insoportable, y á eso de las ocho dimos un ¡adios! á aquel sitio desde donde habíamos experimentado tales sensaciones que jamás podrán borrarse de nuestra memoria.

Uno de mis compañeros se empeñó en aumentar un pie más la altura del gran monte, y para ello colocó sobre la roca más alta una piedra de aquella dimensión próximamente, lo cual verificado, principiámos á descender resbalándonos por la superficie del *pan de azúcar*, y provistos después de nuestras lanzas, fuimos bajando por aquel océano de piedras volcánicas.

Como á la mitad del camino que hay entre la cima del volcan y la *estancia de los ingleses*, se encuentra la famosa

cueva del hielo. Esta es un espacio rectangular de paredes compactas que impiden la escesiva filtración y que es lo raro en medio de tantas grietas como por todos lados la rodean. Examinamos la referida cueva por una abertura cuadrada que se halla junto al techo, y vimos que contenía una cantidad de agua y varios trozos de hielo, arrojamos algunas piedras, y el sonido prolongado que producían al chocar con el líquido nos demostró que había una considerable cantidad de agua en aquel singular receptáculo. Desde el techo pendían lágrimas y carámbanos de hielo que produjeron un hermoso efecto. Muchas fábulas se han inventado acerca de esta cueva; quién ha dicho que su fondo no ha podido ser medido por la sonda, quién que las aguas en ella contenidas sufren la influencia del flujo y el reflujo del mar, pero todo esto es fantástico, inspirado quizá por la situación verdaderamente rara de aquel singular depósito.

Continuamos nuestro descenso hasta que llegamos al paraje donde habíamos dejado nuestras cabalgaduras, allí reanimamos las ya decaídas fuerzas, y á las 10 de la mañana atravesábamos el *monton de irigo*. Poco después entramos en las *cañadas*, y nada de cuanto yo pudiera decir podrá dar una idea del sofocante calor que allí experimentamos. El sol desde el cenit nos enviaba perpendicularmente sus rayos de fuego y no podíamos guarecernos absolutamente en ningún sitio donde hubiera sombra. El termómetro marcaba 45° c. y eran las 12 de la mañana.

Al pasar por cerca de un grupo de retamas, vimos varias aves de rapina que alzaron su silencioso y pausado vuelo, proyectando móviles figuras de sombra en aquellos arcanales. Estaban devorando el cuerpo de un cabrito que parecía haber muerto la noche anterior, y mientras un pastor de

aquellos contornos, que era nuestro guía, atribuía tan funesto suceso á la intervención del diablo que habia estado suelto; uno de mis amigos creia tal acontecimiento castigo providencial por lo siguiente.

Sucedió que la tarde anterior, ya al oscurecer, cruzaba un rebaño en busca de sus albergues, y se nos ocurrió matar un cabritillo para asarlo con ramas secas de retama, pues dicen que es vianda asaz rica. Propusimosle al pastor que nos guiaba, la captura de uno de aquellos animalitos y él por razones que no pudimos comprender, fingió acceder á nuestra pretensión y marchó resuelto hácia el rebaño que se alejaba. Mas al poco comprendimos la intención de nuestro guía, y uno de mis compañeros ofreció ser él quien habia de traer tan codiciada presa. Era graciosa la figura de nuestro amigo, que llevaba por comodidad unas babuchas y un gorro moruno, corriendo por aquellos arenales tras el rebaño. Como era consiguiente, no fué posible coger el deseado cabrito, y si chasco habíamos recibido con el pastor, no fué pequeño el petardo que nos dió nuestro amigo al volver con las manos vacías, culpando al guía que á su vez se disculpaba achacando á la incompetencia del improvisado cazador el fiasco que sufrieron nuestros deseos.

Como Dios nos ayudó, pudimos resistir aquella fuerte temperatura, bajo la influencia directa del sol, y ya cruzadas las cañadas rodeamos la fortaleza, comenzando á bajar la parte más escabrosa y difícil de todo el camino que anduvimos montados, cual es la que se extiende desde este último sitio á la *Fuente de Pedro*, pero nada ocurrió de particular y pudimos descansar algunos momentos á nuestra bajada, para emprender á las cuatro de la tarde el final de nuestro viaje.

Al poco tiempo penetramos en un bosque de pinos que con sus copas y ramaje nos proporcionaron codiciada sombra, y ya por estos parajes el cuadro varió por completo. Los pájaros del monte volaban en bandadas delante de nosotros, á veces por entre las ramas de los altos pinos divisábamos al Teide que se alejaba por instantes, ya veíamos su cúspide que se perdía en las nubes, ya sus quebrados flancos que parecían inaccesibles á la planta del hombre y á nuestros piés una alfombra de pequeñas matas esmaltadas por florecillas de sencilla corola y que suelen llamar las gentes de aquellos contornos «rosas del monte.»

Subiendo pequeños cerros y descendiendo luego á diminutos y encantadores valles, pero siempre bajo una bóveda de verde ramaje, íbamos acercándonos más y más al punto desde donde partimos. Casi todos mis compañeros, aficionados á la caza, relataban mil aventuras acaecidas en aquellos sitios, otros recordaban las impresiones experimentadas hacia poco, y todos estábamos contentos por el feliz resultado de la expedición.

La tarde espiraba en los brazos de la reina de las sombras; á través de los pinos, de los laureles y los sauces contemplábamos ligeras gasas de dorada púrpura con que el sol poniente envuelve á la naturaleza antes de traspasar el horizonte; los capirotes (1) de sonoro canto, los jilgueros y los canarios se guarecían en sus nidos, despidiéndose del expirante día con inspirados trinos; los trabajadores que se retiraban de sus faenas y el hálito embalsamado de las flores, completaban el cuadro de esas tardes estivales que todos hemos contemplado y que tanta belleza y melancolía encierran.

Cuando salimos del bosque, ya la luna derramaba sobre

la tierra la plateada lluvia de sus rayos, y á eso de dos kilómetros de la población de donde partimos, encontramos á nuestros amigos que salieron á recibirnos y felicitarnos por el éxito de nuestro viage.

Todos nos exigian relaciones de lo que habíamos visto, de los panoramas que contemplamos; mas, rendido de cansancio hube de ofrecerles escribir mis impresiones, y á esta promesa obedece el ligero relato que constituyen estos renglones.

No concluiré sin enviar un recuerdo á mis queridos amigos y compañeros de viaje, jóvenes amantes de la ciencia y que mostraron empeño y comp'acencia en contemplar los misterios de la Naturaleza. (2)

VICENTE MARTINEZ DE LA PEÑA.

(1) Pájaro de Canarias, cuyo canto es muy parecido al del ruiseñor.

(2) Estos distinguidos jóvenes fueron Mateo Alonso, Juan de Torres, Francisco Fieitas, Venancio Velazquez y Juan de la Peña.

INTRODUCCION

En un rincon de Castilla
Allá en el fondo de un valle,
Sobre tres cerros distintos
Hay tres torres semejantes.
Castillos los llaman unos,
Otros atalayas árabes,
Mas su origen positivo
A la verdad no se sabe.
Un rio humilde, el *Esgueba*,
La falda á los cerros lame,
Y entre huertas y majuelos
Lleva á rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
Con que tapiza su márgen,
Y ambas filas de colinas
Que le interrumpen el aire,
Hay derramados sin orden
Mas de un ciento de lugares
Que amasados todos ellos
Un pueblo tal vez no valen.

Pues los pueblos con el río,
Y las huertas de la margen,
Las colinas que le cercan
En dos bandas desiguales,
Y los tres cerros distintos
Con tres torres semejantes,
De tal modo unos en otros
Vegetan, pasan ó yacen,
Que todo el conjunto entero,
Sin que esto lo dude nadie,
Tomando nombre del río
Forma sin disputa el valle,

PRIMERA PARTE

Está la noche espirando,
Y allá en el fin de la sombra
En vacilante crepúsculo
Tinte el oriente la aurora.
La luna en el occidente
Su pálida luz ahoga,
Y las estrellas la siguen
Luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
De los arboles sin hojas,
Y con espejos de hielo
Esgueba sus aguas orla:
Ostenta el campo escarchado
Trémula, alumbrada alfombra
Que á veces parece el alba
Y agua á veces silenciosa
Que allá en la sombra confusa

Humeando se evapora.
Se oye el murmullo del río
Que por la pesquera rota
Se filtra tornando el agua
En espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
Trenzada y murmuradora,
Ya cae en hebras de plata
Y se arrastra tumultuosa,
Ya trepando por las piedras
Se columpia de una en otra,
Ya por evitar un canto
Serpenteando se encorva,
Y ya tornando á ser agua
Susurra en la yerba tosca.
Allá en la opuesta ribera
Se alcanza una torre octógona
Con que la frente de un cerro
Entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente
Junto á las aguas sonoras
Con casas de tierra y ramas
De hidalgo y leal blasona;
Y una casa que mas lejos
De la orilla y de las otras
Puede pasar por alcázar
Segun aumenta en las formas,
Yace al pié de una colina
Olvidada, triste y sola,
Con lienzos en las ventanas
Que honores de vidrios gozan.

Entre una luz y los lienzos
Cruza á veces una sombra
Que sobre ellos destacada
Parece bien que se asoma:
Y á veces inmoble y fija
Cubre la ventana toda
Cual si estorbar pretendiera
Paso á la vista curiosa.
A veces semeja un hombre
Que vuelto el rostro á la antorcha
Dibuja un bulto sin gesto
Que descansa en una gola;
Y á veces raudo pasando
De un rostro el perfil contorna
De agudo y crespo bigote
Que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
Si es una, ó son dos las sombras,
Si pasean, ó si danzan,
Si luchan, ó si retozan;
Porque hay puntos en que cruzan
Dos bultos de varia forma,
Una cabeza con rizos,
Con barba y bigotes otra.
Casi al pié de la colina
En que la casa se apoya,
Hácia el pueblo mas cercano
Una senda desemboca:
Un hidalgo á pasos lentos
La vuelta del cerro toma,
Un mozo trae adelante

Debajo una yegua torda,
Y un largo ropón oculta
Lo demas de su persona.
Tendió á la casa la vista,
Tembló, paróse, y tendiôla
Por todo cuanto en el valle
Abarca, sombría y torva.
Echó pié á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movable
Por entre la puerta rota:
En faz de asombro y de duda
O de vergüenza y de cólera,
La planta trémula tuvo,
Y agachándose en la sombra
Clavó en la puerta los ojos,
Y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo
La faz envolviendo toda
De un gaban entre las pieles,
En apostura amorosa
De una mujer se despide
Que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
En voz sofocada y ronca,
Sonó en el umbral un beso,
Cerró la puerta la moza,
Y el galan pasando el vado
Hácia la torre se torna.
Cuando él llegó al pié del puente
Ya con mano vigorosa

A sendas aldabonadas
El otro á su puerta dobla.
Abrióla al fin la mujer,
Y al cerrarla cuidadosa
Ya por oriente venia
La tornasolada aurora.

II

El codo sobre la mesa,
Sobre la mano ámbas sienes,
Entrambas cejas fruncidas,
Arrugada la ancha frente.
La otra mano en la cintura,
Los pies en un tabureto,
En un sillón de baqueta
Está meditando Pérez.
Una lámpara de hierro
A un lado en la mesa tiene,
Cuya luz lucha oscilando
Con el día que amanece.
Al otro lado un tintero,
Y en el centro unos billetes
Cuya firma está abrasando
Con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
Por los apretados dientes,
Y mal ahogados suspiros
Dentro del pecho le hierven.
— «¡Mendo Abarca...! que me place,
» Un día tras otro viene,

»Y honra con honra se paga,
»Vida por vida se pierde.» —

Esto en voz baja diciendo

Asió la luz de repente,

Y á voces en la escalera

Lamó á Margarita, Pérez.

Subió al punto la muchacha

Tranquila, hechicera, alegre,

Mostrando en la tez de rosa

Sus abriles diezinueve,

Y es la niña un embeleso,

Una hermosura de oriente,

Cogido el cabello en trenzas

Que con dos agujas prende;

Cintura escasa y flexible

Que cimbreo y se estremece,

Tez morena, negros ojos,

Paso resuelto y pié breve.

Con la sonrisa en los labios,

Y con la paz en la frente,

Rebosando amor y hechizos

Que irresistibles parecen

Entró por el aposento

Preguntando:

— ¿Qué me quieres? —

Pérez bajando los ojos

Contestóla:

— Que te sientes. —

Sentóse, y siguió el marido:

— «¿Tienes, querida, presente

Cuánto tiempo ha nos cazamos?» —

—Si por cierto; treinta meses.—

—Pues eso ha que nuestra honra
Nos prestamos mutuamente.—

—Y ahora, ¿á qué recordarme...?—

—Dime, ¿y esto cuántas veces
Si se pierde se recobra?—

—A qué viene esto, Rui Pérez?—

—¿Sabes, Margarita mia,
Que cada sentido tiene
Una puerta por do sale
Nuestra honra y nunca vuelve?—
—Pero...!—

—¿Y sabes, Margarita,
Que no sois mas las mujeres
Que un alcázar donde la honra
Guardada los hombres tienen?—

—¡Por Dios, Pérez, que no alcanzo
Lo que con esto pretendes!—

—¿Sabes que un alma con honra
Otra alma con honra quiere,
Porque es justo que se guarden
Las reinas para los reyes?—
¡Pero...!—

—¿Y sabes, Margarita,
Que el marido que la pierde
Compra una marca de infamia
Que lleva en el rostro siempre?—
¡Pero...!—

—¿Y sabes, Margarita,
Que en tanto que no la vengue
Ni de hidalgo ni de hombre

El vano nombre merece?—

—¡Pero...!—

—¿Y sabes, Margarita,

Que si por ella no vuelve,
Hasta las dueñas escupen
De su blasón los cuarteles?—
¡Mas yo...!—

¿Y sabes, Margarita,

Que nació hidalgo Rui Pérez,
Y no ha de vivir sin honra
Aunque al mismo Dios le pese?—
—¡Cielo...!—

—¿Y sabes, Margarita,

Que un remedio hay solamente
Para dolencia tan grave...—
—¡Pero escucha...!—
—Y que es la muerte?—
—¡Pero...!—

—¡Silencio!—

--Oye...—

—¡Calla!

Mas hablando no me afrentes,
Y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles,»—
Y esto diciendo, á la cara
Tiróla Rui los billetes,
Y ella cayó de rodillas
Clamando:—¡cielos, valedme!—

Pasaron unos instantes
En silencio tan solemne
Que de entrambos corazones

Contarse los golpes pueden.
Pérez, crispados los puños,
Atenazados los dientes,
Amoratados los labios,
Fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
Doblada al pecho la frente,
Cruzadas las blancas manos,
Pálida como la muerte,
Correr por ámbas mejillas
Deja una lágrima ardiente,
Que resbalando hasta el suelo
En vapor se desvanece.
Pérez, inmoble de rabia
En el sillón se mantiene,
Y ella de miedo y vergüenza
Convulsiva se estremece,
Al cabo con voz sombría
Dijo á Margarita, Pérez:
—«Mujer, yo adoraba en tí;
Por tu capricho mas leve,
Por solo un cabello tuyo
Hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un día
Con vida y con alma ¡imbécil!
Hollandando tus juramentos
Así en mi ausencia me vendes?—
—Perdón, clamó Margarita.
¡Oh, me detesto...!—
— Detente,
Que con que tú te aborrezcas

El mi honra no me vuelve.
 Pero ¡por Dios! que no es tarde...—
 —Cielo santo, ¿qué pretendes?
 ¡Perdón! ¡perdón! ¡a tus plantas
 Me arrastraré eternamente!—
 —Y el polvo en que tú te arrastres
 ¿Podrá mi honra volverme?—
 —Lloraré al pié de tu lecho
 Velando mientras tú duermes!—
 —¿Y qué sueño ha de acudir
 A quien sin honra se acueste?—
 —¡Seré ménos que tu esclava!
 ¡Besaré el polvo que huelles!—
 —¿Y qué harás con esas manos
 Que toman estos billetes?—
 —¡Perdón!—
 —Pídesele al cielo,
 Que él solo dártele puede. »—

III

Es un salón cuadrilongo
 Dentro de la antigua torre
 • En que desterrado habita
 Don Mendo Abarca y Puiñones.
 Sobre un tapiz toledano
 (Bordado en torno de flores
 Hay una imágen de Cristo
 Colgada de dos cordones.
 De la alta bóveda ojiva
 Por medio una argolla, corre

Otro cordón que sustenta
Una lámpara de cobre.
En una de las paredes
Hay un nicho y dos balcones,
Y el sol pasa macilento
Por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado
Gigantesca en dimensiones
Hay á guisa de herrería
Una chimenea en donde
Se exhala en llamas y en humo
Tendido en seis piés de bronce
Amenazando un incendio
Muy cerca de medio roble.
Y de cara hácia la llama
Magro, silencioso, inmóvil,
Entre enterrado y tendido
Dentro de un sillón, un hombre.
Una mujer no muy léjos
En silencio borda ó cose
Una alfombrilla de sedas
Que sobre un cojin recoge.
Entre ellos el ruido sordo
De la chimenea se oye,
Y afuera el cierzo que zumba
En los ángulos del Norte.
En cuanto á ámbos personajes
Siguen sus meditaciones
Sin que al parecer al uno
Nada del otro le importe.
Cada cual en su trabajo

Su atención entera pone,
 Ella contando sus bebras,
 El contando sus tizones.
 Al fin rompiendo el silencio
 Dijo la mujer al hombre.
 — ¡Estás tristel!—

— No; cansado

De velar toda la noche.—
 Y como volviendo en sí
 El que respondió, turbóse.
 Pápida mas de hito en hito,
 Ella un punto contemplóle,
 Mas él siguió:

— ¿No lo sabes?

Volveremos á la corte.—
 Soltó la alfombra Leonor,
 Y acariciando á Quisíones,
 Le dijo:

— ¡Y me lo ocultabas!—

— Quise sorprenderte; el conde
 Me escribe ayer que á mi antojo
 La vuelta de Madrid tome.—

— ¿Y será pronto?—

— Muy pronto,

Que ya me cansa esta torre,
 Donde hemos estado un año
 Escondidos como hurones.—
 — ¡Cuánto he rezado á ese Cristo
 Porque ese día nos torne!—
 Don Mendo se puso en pié
 Al escuchar este nombre,

Y llorando de contento
Ella del cuarto salióse.

En esto por otra puerta
Entró el paje Diego López,
Y ante su señor llegando
Cortesmente saludóle.
—¿Qué tenemos?—

En voz baja

Preguntó al mozo Quiñones.
—Nada, señor; ha seis días
Que huyeron ambos.—

—¿A dónde?—

—Imposible adivinarlo;
La casa registré anoche.—
—¿De quien hubiste las llaves?—
—La escalé por los balcones.—
—¿Y qué?—

—La casa desierta,
Las camas hechas, los cofres
Cerrados, no falta nada;
Todo en silencio y en orden.—
—¿Y nadie responde de ellos?—
—¡Imposible! unos pastores
Dicen que le vieron solo
Pasar el puente ha dos noches,
Pero que al ponerse el sol
Iban los dos por el bosque.—
—¿Los dos, y volvía Pérez?—
—Solo.—

—¡Es bien extraño...! López,

Dentro de muy pocos días
Volveremos á la corte.—

—Está bien, señor.—

—Escucha;

Para lo de ayer disponte.—

—¿Dos caballos?—

—Por supuesto.—

—¿A qué hora será?—

—A las doce.—

Dejó el aposento el paje,
Y entre sí mismo Quiñones
Murmuró:

—¡Si volvió Pérez,

Y sospechando...! ¡oh! entonces

Mañana mismo á Madrid,

Y ahí se las haya el buen hombre.—

Y al calor de la fogata

Sobre la mano durmióse.

IV

Está la torre que habita
Don Mendo junto al Esgueba,
En una colina oscura
Sin árboles y sin yerba;
Sin foso que la circunde,
Sin torres que la defiendan,
Desmantelados los muros,
Derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
Entre dos postes de piedra

Tiene un puente levadizo
Suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente,
Otra torre mas pequeña,
En cuyo centro macizo
Hay torcida una escalera,
Y alzado el puente de noche
Aislada la torre deja,
De modo que á un tiempo mismo
Sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
Sus ventanas y luzeras
Hánlas tornado en balcones
Y suprimido las rejas;
Y es justo, á nuestro entender,
Que tal mudanza sufrieran,
Pues sirven de algo en la paz
Y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
Y la media noche apenas;
El cierzo airado zumbaba
Del olmo en las ramas secas,
Y murmuraban las aguas
Azotando las riberas,
Atropellando sonoras
Raices, algas y piedras,
Haciendo con sus espumas
Espejos, lazos y trenzas
El cielo entre opacas nubes
Velando luna y estrellas,

El valle, el río, y la torre
Encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
La luciérnaga rastrera,
No había parleras aves
Que cantaran en la selva,
Ni insectos que susurraran
Entre la flexible yerba;
No había pajizas flores
Que en los céspedes crecieran,
Ni pastores que velaran,
Ni silbadoras culebras,
Ni lobos que con la luna
Cruzaran por la pradera.
Que es la noche sobre oscura
De Diciembre, opaca y negra,
Y húmeda, gruesa y pesada
Acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
Y trasponiendo la cuesta
Dos hombres hácia los vados
Echaron por una senda.
—¿Traes las llaves? —dijo el uno.
—Sí señor.—

—¿Y allá quien queda?—

—Martin Muñoz en la escala,
Durmiendo la camarera,
Y lucas con los caballos
Aguarda junto al Esgueba.
Los demas hacia la corte
Irán ya lejos, y apenas.....—

Una ráfaga silbando
El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra
Alzóse callada y lenta
Una figura embozada
Que mucho á un hombre semeja.
Tanto guarda de fantasma
Como de humano conserva,
Porque ella anda, ó se desliza,
Sin que al moverse se sientan
El compás de sus pisadas
O el rumor de sus espuelas;
Y el murmullo que se escucha
Dentro de su boca mesma
No se sabe si es que gime,
Conjura, amenaza, ó reza.
Pero hombre, ilusión, ó duende,
Al pié de la torre llega,
Y sin vacilar un punto
Con una escala de cuerdas
Asiendo el balcón mas bajo
Desembozandose trepa,
Y de un corredor desierto
Se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba
A la luz de una linterna
La esposa de Mendo Abarca
Sola y destocada sueña.
Y los labios la sonrion,

Y la lengua balbucea,
Y toda la paz del alma
La faz dormida refleja.
Con el fin de su destierro
Descuidada devanea,
Y la pasan por la mente
Viajes, luminarias, fiestas,
Y con sus mil armonías
De campanas y pendencias,
Obras, caballos y carros
Se finge una corte entera:
Los nobles que la visitan,
Las damas que la contemplan,
Los lacayos que la aguardan,
Y los pajes, y las dueñas,
Los billetes de convite,
Las joyas y las preseas,
Todo la pasa en tumulto
En ilusión halagüeña.
En esto el mismo fantasma
Asomó osado en la puerta,
Corrió por dentro el cerrojo,
Contempló un punto á la bella,
Y luego ahogando la luz
Dejó la estancia en tinieblas.
Se oyó en la sombra un suspiro.....
Y en faz de rauda tormenta
Siguió estrellándose el cierzo
En las pintadas vidrieras.
Las puertas estremecidas
Sobre los quicios retiemblan,

Y silba y cruje y se rasga
Con ímpetu en las troneras;
Y ni gemidos ni pasos
Tornan á oirse ni quejas;
Todo el viento lo devora,
Lo mata, sofoca, ó lleva.

A poco Don Mendo y López
Tornaron la misma senda,
Y tornó á oirse del puente
Rechinando la cadena,
Y oyóse que el uno hablaba
Y el otro daba respuesta.
—¡Cogió las cartas! —

—Sin duda.—

—Mas vale así.—

—Que no vuelvan;

Pasado mañana, López,
A Madrid damos la vuelta.—

Cruzaron ambos el puente,
Volvió á sonar la cadena,
Y siguió el viento zumbando
Por los ángulos y rejas.
Y en esto en el balcón mismo
La misma escala de cuerdas
Cayó al campo, y el mismo hombre
Bajó embozado por ella.
Llegó al suelo, y percibióse
De Pérez la voz severa
Que á lo lejos murmuraba

Como quien conjura ó reza.
 — «Quien á hierro mata es justo
 »Que igualmente á hierro muera;
 »HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
 »NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.» —

V

Vino un dia y otro dia,
 Y vino un mes y otro mes,
 Y año tras año venia;
 El segundo concluía
 Y pasaron hasta tres.

Pérez desapareció,
 Su casa quedó en escombros,
 Don Mendo á Madrid volvió,
 Y con estruendo y asombro
 La torre se desplomó,

Contaron de ello medrosas
 Las gentes varias consejas
 Y fábulas espantosas,
 De amoríos las hermosas,
 Y de visiones las viejas.

Quien dijo (y á tal contar
 El mas valiente se pasma)
 Que vió el alba al despuntar
 Junto á la torre vagar
 Blanca y sola una fantasma.

Quien dijo que atravesando
De noche por la pradera,
La colina coronando
Vió hasta cien almas danzando
En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
Un hidalgo de lugar
Que arrugando el entrecejo
Contara que un moro viejo
Huyó de verla pasar.

Ni un muchacho revoltoso
A quien por calmar el llanto
Contaran en son medroso
Aquel cuento tan famoso,
Y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
Con un espectro galan,
Y que una devota bella
Le alcanzó á ver despues de ella
En casulla ó balandran.

Todo eran apariciones,
Raros acontecimientos,
Secretas conversaciones,
Todo ruidos y visiones
Y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,

Otros toparon enanos,
Otros hogueras volantes,
Otros mágicos errantes,
Y otros brujas y gitanos.

Y alguno mas entendido,
Mas ducho ó mas suspicaz,
Creyó allí haber sorprendido
Algun amor protegido
Con el murmullo falaz.

Vino un día y otro día,
Y vino un mes y otro mes,
Y el tercer año corria;
El segundo concluia
Y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
Y olvidadas las consejas
Los mozos las despreciaron,
Las muchachas se casaron,
Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
Y el valle quedóse en calma;
Mendo Abarca no volvió,
Ni á nadie se apareció .
Pérez en cuerpo ni en alma.

SEGUNDA PARTE

1

En un salón adornado
Con alfombras toledanas,
Con pabellones de sedas,
Con mecheros y con lámparas,
Vestido de terciopelos
Festonados de oro y plata,
Cercado de taburetes
Y de cogines de grana,
Hay hasta cuatro personas
En plática sosegada
Que esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Una es don Mendo Quiñones,
Otra es una antigua dama,
Otra es doña Leonor.

Y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
La ceremoniosa usanza
De aquellos revueltos tiempos
De fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
Bordados de seda blanca,
Con dos filas de botones
De costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros
Bajo un collar de esmeraldas,
Con un lazo de brillantes
Que por una cruz remata.
Los cabellos divididos
En dos trenzas derribadas
Que á ambos lados se recogen
En dos agujas de plata;
Y en la mano un abanico
Con que la faz del sol guarda,
Tras de cuyo varillaje
Mira á salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
Esta engalanado Abarca,
El jubon de terciopelo,
Acuchilladas las mangas,
Capotillo carmesí,
Calzon negro y gola blanca,
Y en un cinturón de seda
Colgados estoque y daga.
De aquestos tres personajes,
Quiñones y las dos damas,

El cuarto los atavíos
Está contemplando en calma.

Empieza en una corona
Y en un acicate acaba,
Tanto conserva de mouge
Como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
Y la frente despejada,
Empirados los bigotes,
Espesa y luenga la barba.
El jubon negro y sin cuello,
El ropon tocando en capa,
La gola negra y sencilla,
Botas, espuelas y espada.
Si fija en otros sus ojos
No pueden con sus miradas,
Si habla le escuchan atentos,
No le importunan si calla.
Mas su mirada es modesta,
Contenidas sus palabras,
Si reconviene no ofende,
Y si aconseja no cansa.
Cos valientes le saludan,
Los pordioseros le aguardan,
Las damas le reverencian,
Los cortesanos le halagan.
Y algunas lenguas mordaces
Solo un defecto le achacan,
Ser celoso en demasia
De la honra y buena fama,

Es capellan de Quisiones,
Con quien tiene mesa y casa,
Y á quien salvó vida y honra
Dicen que en una batalla.
De entonces él y Don Mendo
Un punto no se separan;
Son un cuerpo y una sombra,
Cuerpo y sombra con un alma.
Es á un tiempo secretario,
Consejero, amigo, y guarda;
Don Mendo sin su presencia
Ni come, ni abre las cartas:
A un sermón y á un desafío
Igualmente le acompaña:
Procura evitar contiendas,
Pero una vez empeñadas
El cáliz por el estoque,
Por la malla el ropon cambia;
Y á pretesto de padrino
Da la póstrer cuchillada.

Ni es de extrañar que esto sea,
Porque en los tiempos que alcanza.
Los obispos son alcaides
Y sus palacios son plazas;
No pagan pecho á sus reyes,
Mantienen á sueldo lanzas,
Antes de prestarle ayuda
Juzgan despacio su causa,
Y como mas les va en ello
Le acuden ó se desmandan:

Y viven entre placeres
Con familiares y damas.

Así como es el espejo
Es la imagen que retrata,
Y así como andan los reyes
La corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
Que en plática sosegada
Esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Al fin al doblar sonoro
De una ligera campana
Abriéronse los balcones,
Entró el sol de la mañana,
Y de galanes y hermosas
Fuese llenando la sala.
Oyóse el rumor del pueblo
Que abajo se agita y pasa,
Y el capellan y Quiñones
Haciendo venia á las damas
Salieron hacia la iglesia
Donde doblan las campanas,
Porque es el día del Corpus
Y está la corte de gala.

VII

Al doble y revuelto son
De campanas y atabales

Hierve y bulle un pueblo entero
En plazas, rejas y calles.
Es un bello sol de Junio
Que derramado se esparce
Por techos, plazas y torres
Gran farol de fiesta grande.
Sus rayos de grana y oro
Se quiebran y se deshacen,
Se estreñecen y reflejan
En pizarras y cristales,
De los sueltos pabellones
De los tapizes brillantes
Que orlan, visten y coronan
Los balcones desiguales,
En cada hebra de oro y plata
Y en cada lazo ondulante
Reverberan mil colores
Que tornasolan el aire.
Entre guirnalda de flores,
Entre velos y cendales,
Entre abanicos de plumas,
Entre dueñas y entre pajes
Decoran las zelosías
Que recorren fiestas tales
Cuántas damas de Castilla
Dentro de la villa caben.
La luz de un sol tan alegre,
La interposicion del aire,
Los suntuosos atavíos,
Y el p'acer de los semblantes
Hacen que de cada hermosa

Finjan en ensueño, un angel
Los enamorados ojos
De los felices galanes.
¡Cuantos hidalgos osados
Deteniendo el paso errante
Al pié de unos miradores
Contemplan un jesto grave!
¡Cuanto celoso mancebo
Al revolver de una calle
El sombrero hasta los ojos
Aguarda amoroso trancel
¡Cuanta dueña en una reja
En tanto la dama sale
Espera en faz compungida
Que el audaz citado pase!
¡Cuantos suspiros se ahogan
Entre el son interminable
Con que el gentío murmura
Cuando del pecho se parten!
¡Cuanta ardorosa mirada
Intercepta el velo frágil
De una pluma que un tercero
Cruzó entre ambos un instante!
¡Cuantos ojos arrobados
En otros del cielo imagen
Se topan detrás de aquellos
Otros ojos centellantes!
¡Cuantas citas amorosas
Camino á escondidas se abren
Entre aquel rumor confuso
Que un millon de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
La voz sorda y susurrante,
Diez máceros á caballo
La gente por medio parten.
Bajáronse los sombreros,
Y tornáronse anhelantes
Impacientes y curiosos
Mil rostros hacia una calle,
Pasaron lanzas y cruces,
Alabardas y estandartes,
Cirios, clérigos, soldados,
Mangas y comunidades.
Pasaron urnas, reliquias,
Chirimías y ciriales,
Congregaciones y escuelas,
Nobles, juntas y hermandades.
Hasta que al fin de improviso
Levantó su voz gigante
El pueblo, que vió á lo lejos
La engalanada falanje
De hidalgos, condes y duques,
Obispos y cardenales
Que en torno del rey Enrique
Traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique cuarto
Por don de sus mocedades
El fastidio y la osadía
De placeres y desmanes;
Que aun niño, rompiendo el yugo
Del respeto al rey su padre,

Tuvo en Segovia una corte
Con pueblo y leyes aparte.
Y allí anegado en deleites,
Sin conocer vasallaje,
Pasó los años primeros
Siempre en faz de rebelarse.
Hoy ya rey, abrió su corte
A cuanto ilusorio y grande
Quiso con sus reales culpas
De las suyas escudarse.
Vinieron aventureros
Sin mas haber que su sable,
Y vinieron cortesanas
Que allá en países distantes
Fueron nobles y duquesas
De real solar y real sangre,
A quien echan de su patria
Opiniones populares.
Vinieron monges robustos,
Todos rectores y abades,
De costumbres de gran peso
Y profesión impalpable.
Y entre discordia y licencia,
Entre amores y combates
Andando allí confundidos
Los soldados y los frailes,
Logróse sin gran trabajo
Que fuesen en tiempos tales
Las audiencias galanteos,
Los amores liviandades,
Y las damas cortesanas

Y los clérigos galanes.
Que así como es el espejo
Es la retratada imágen,
Y hacen, si andan mal los reyes,
Que mal los vasallos anden.
Los monges á par alternan
Las mallas y los sayales,
Y el que ayer era prelado
Mañana á campaña sale.
Tales gentes y tal fiesta
Bajan la calle adelante,
Y hasta doscientos ginetes
Dan á la función remate.

Entre las gentes que al rey
Prestan honra y homenaje,
Ni cerca de su persona,
Ni lejos del condestable,
Van dos nobles caballeros
Que en severos ademanes
Entre secretas palabras
Secretas razones traen.
Tan por lo bajo las cruzan,
Que en verdad no fuera fácil
Que pudiera algún curioso
Alcanzar de lo que traten.
Mas que es cosa de importancia
Bien pudiera asegurarse,
Pues á veces hace el uno
Que el otro los ojos baje,
Y á veces levantando este

La mirada penetrante,
Torna á bajarla irritado
Cual devorando un ultraje
Que el otro le recordara
Y mucho á su honra tocase.
Cuanto mas uno se turba
Sigue el otro imperturbable,
Y ambos miran de continuo
A un balcon, luego á la calle.
Es el uno Mendo Abarca,
Que inclinado hacia adelante
Con su capellan conversa
En razones semejanter;

—¡Pero, padre, eternamente
La misma conversaci6n! —
—Señor, siempre esta ocasi6n
Me está en el alma presente. —
—¡Maldita ocasi6n la vuestra,
Que en todas partes la veis! —
— Señor, que fué bien sabéis
La esperiencia mi maestra. —
—¿Y lo que os sucede á vos
Ha de acontecerme á mí?—
—¡La honra, señor, que perdí
No basta á dárme la Dios!
Y cuando vos la perdais. ...
—Yo mismo la cobraré.—
—Yo tambien me lo pensé,
Pero como yo, la errais.
Que es la mujer un cristal

Que si se empañara una vez
La mancha ó la palidez
Se lavan luego muy mal.

Mirad, Don Me do, al balcon
Y á la calle atentamente.—

—¡Padre, padre, eternamente
La misma conversacion!—

Si os salvé, señor, la vida
La honra os he de salvar,
Yo por ella he de velar
Si vuesa merced la olvida.—

— Ved que vos podeis muy bien
Dar camino á una sospecha.—

—Ved que en cuenta tan estrecha
Podeis vos errar tambien.—

—Ved que soy yo su marido!—

—¡Ved que ella es vuestra mujer!—

— Sé que me ama.—

—Puede ser.—

—¡Y pudiera.....—

—Haber mentido....—

—Mas, padre, vos.....—

—Vedla allí,

Y aunque así á vos no os ofende,

Pensad que á todos atiende

Menos á vos.....—

—¡Eso sí!—

—Pues si os ama, ¿cómo á vos

Es á quien busca el postrero?—

—Ay triste del que altanero

Me compita ¡vive Dios!

Así en voz baja platican
Aqueillos dos personajes
Al ir de su propia casa
Avistando los umbrales;
Y saludando á Leonor
Que al balcón á verlos sale,
Con la procesión siguieron
Toda la plaza adelante.

VIII.

En un estrecho aposento,
Al amarillo fulgor
Que por entre seis cristales
Despide un turbio farol,
El capellan y Don Mendo
En ténue y secreta voz
Tienen de alta consecuencia
Trabada conversación.
Don Mendo está pensativo,
Encendido de color,
La mano puesta en la frente,
Mal sentado en un sillón,
Los cabellos en desorden,
Luchando con su interior;
Y retratando en el gesto
La inquietud del corazón.

El capellan tiene el rostro
Entre hipócrita y feroz,
Y contempla el de Quiñones

Con ojo escudriñador.
 Al abrigo guarda el suyo
 De la sombra del farol,
 Cuidando de que á Don Mendo
 Ilumine el resplandor.
 Entre ambos hay estendido
 Un macizo velador
 En que para estar mas cerca
 Se apoyan tal vez los dos.
 A una pregunta de Abarca
 De estremada concisión
 Con otra pregunta idéntica
 El capellan contestó.
 — Y su tristeza y despego
 ¿No veis de entonces, señor? —
 — Mas ved, padre... —
 — ¿Y no decís
 Que al saber vuestro perdón
 Casi loca de alegría
 Vuestra vuelta aceleró? —
 — Es verdad. —
 — ¿Y no decís
 Que advertisteis variación
 Desde la misma mañana
 En que en la corte se vió? —
 — ¿Y eso, padre..... —
 — ¿Y no decís
 Que un ensueño aterrador
 La atosiga desde entonces
 Y la pone en aflicción? —
 — Es verdad. —

—¿Y no decís

Que de aqñeste torcedor
Nunca la secreta causa
Vuestra esposa os reveló?
—¿Y eso prueba.....—

— Que en su pecho

Hay secretos para vos,
Y las mujeres no tienen
Mas secretos que el amor.—
Don Mendo apretó los puños
Cuando tal respuesta oyó,
Y en la inquietud de sus ojos,
Que revuelve en derredor,
Se ve bien que busca el triste
Otra disculpa ó razon.
En tanto el cura le atiende
Con sonrisa de traidor,
Y rebosan sus pupilas
Sangrienta satisfacción.
Por fin, como quien despliega
Todo el último valor,
Con hondo y trémulo acento
Mendo Abarca replicó:
—Tal vez de mujeres, padre,
Secretos caprichos son
Que solo consultar deben
Allá con su confesor.—
— Los caprichos mujeriles
Ya os dije, Don Mendo, yo,
Que si al marido se celan
No son mas que otra pasión.—

—Callad padre, porque me hacen
 Vuestras palabras pavor,
 Y es tan profunda esta herida
 Que me duele ¡vive Dios! —
 —Pues buscad presto remedio,
 Don Mendo, porque si no
 La herida se os hará cáncer
 Que gangrene vuestro honor—
 Mañana tal vez....—

— ¡Por cierto
 Que es tremenda precision!
 Dejadme que bien pensado
 El tiempo... —

— ¡Tiempo veloz,
 Tiempo rápido! que el tiempo
 Carcome la reflexion.—
 — Pero, padre, ¿ved que errarlo
 No fuera...? —

— Nunca peor,
 Que en cuidar mucho su honra
 Jamás hidalgo pecó.
 Ved que yo he perdido el mio,
 Y aunque hice venganza atroz,
 Ni le he cobrado, ni el tiempo
 Me ha quitado este borron.—
 —Pues bien, si es cierto, á impedirlo
 O á vengarlo pronto estoy.—
 Pues el remedio, ó venganza:
 Ved que urge.—

— Teneis razon;
 Y pues sabéis la dolencia,

Buscadme el remedio vos.—

Guardaron ambos silencio
En torva meditación:
Don Mendo fijos los codos
Sobre el ancho velador,
Las sienes entre las manos
Y el cabello en confusión,
Como quien devora y siente
Secreto afan interior.
Su sombrío compañero,
De espaldas en el sillón,
Es un hombre á quien se pueda
Partir la figura en dos.
Unas veces es un monje,
Ministro santo de Dios
Cuya presencia es consuelo
A mundanal aficcion,
Cuyo rostro de franqueza,
Cuya magestuosa voz
Aconseja dulcemente
Dando calma al corazón.
Otras es un hombre osado,
Duro, hipócrita, ó traidor,
Que aguarda en faz misteriosa
Una pensada ocasión:
Un tigre que acecha oculto
La presa que descubrió,
Y hace que duerme tranquilo
Para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos

Dirían que hace oración,
Mas arden cuando los alza
En fuego fascinador;
Y al fijarlos en Don Mendo
Tan horrible es su expresión,
Que mas que monge, dijeran
Que semeja un salteador.
A veces pintan la ira
Y á veces la compasión,
Y á veces pintan los celos
Y otras veces el furor;
Y el orgullo y la vergüenza,
Y el duelo y la confusión,
Y la venganza y la rabia,
La constancia y el valor,
A un tiempo brillaba en ellos.....
Mas todo cambió veloz
Cuando Don Mendo la frente
De entre las manos alzó.
Fue otra vez el mismo monge
Amigo y consolador
Que la existencia de Abarca
En el combate salyó.
La mirada que Quiñones
Tendió angustiado en redor
A la del monge pedia
Mas que justicia, perdon.
Mas el clérigo inflexible
En sorda y siniestra voz
Así dijo entre los dedos
Deshilachando el ropón.

—Escuchadme, Mendo Abarca;
 En negocios como el de hoy
 Hasta que todo se aclara
 Disimular es mejor.
 Solo un medio se me alcanza:
 Pues que capellan soy yo,
 Disponed que á vuestra esposa
 Oiga un día en confesión.—

Y esto diciendo brillaban
 Sus ojos con tal fulgor,
 Que semejaron la lumbré
 De enrojecido carbon.
 El marido, que turbado
 Tal vez no le comprendió,
 Replicóle:

—¡Entonces, padre,
 Lo alcanzareis solo vos! —
 A lo que el clérigo dijo:
 —Muy torpe, Don Mendo, sois,
 Pues se oye desde una alcoba
 Lo que se habla en un salón.—
 Cierto, padre; pero..... hay puntos
 Que en ofensa son de Dios.—
 —Cierto, Abarca, mas hay prendas
 Que encierran tanto valor.—
 —¡No os comprendo!—

—Concluyamos

Tan necia conversacion;
 Si sois hidalgo, Don Mendo,
 Curad bien de vuestro honor,

O sufrid que el pueblo ría
A vuestra faz.....—

—¡Eso no!

¿Decís que el pueblo se ríe?—

—¿Quien lo duda?

—¿Y tal baldon

Llevará junto mi nombre.....?—

El de marido, señor.—

—¿Y mi esposa.....?—

—Ha de infamaros

Si es cierto que os engañó.

Ireis con ella á la corte,

Y han de Mofarse de vos.

El rey os hablará de ella,

Y ha de mofarse de vos.

La verán al lado vuestro,

Y han de mofarse de vos,

Y os tendrán, á no vengaros,

Por necio, ó encubridor.—

—¡Basta, padre, ó con la lengua

Os arranco el corazon,

Que verdades tan amargas

Las tolera solo Dios!

¡Basta á fe...! fingiré un voto

De una peregrinacion,

Su confesión en voz alta

La tomareis, padre, vos;

Pero dentro de la alcoba

La he de escuchar tambien yo. —

Y alzándose del asiento

Tomó Don Mendo el farol,
Dirigiéndose á una puerta
Que da paso á un callejon.
El clérigo le seguía
En ademan triunfador,
Y al trasponer los umbrales
Entre dientes murmuró:
— «Este mes hace tres años,
»Mañana al salir el sol
»Un crimen y un duelo mismo
»Tendremos que llorar dos.» —
Tornose Mendo, y pensando
Que dudaba preguntó:
— ¿Qué decís, padre? —

— Rezaba:

Id adelante, señor. —

IX

En una sala cuadrada
Con tres tapices cubierta,
Al pié de un reclinatorio
De cincelada madera,
Ante un monge de rodillas
Con un velo en la cabeza
Doña Leonor de Quiñones
Cristianamente confiesa.
El rojo sol de occidente
Reflejando en las vidrieras
Por las entornadas hojas
Con trémula luz penetra.

Y en los tapices tendiendo
 Una ráfaga postrera,
 Con paso incierto al huirse
 Pasa de una en otra hebra.
 Hay á un lado de la sala
 Con un cerrojo una puerta,
 Y en el otro un gabinete
 Con una cortina negra.
 La mujer en faz humilde,
 El monge en faz altanera,
 Neguian la confesión
 En preguntas y respuestas.
 Pregunta el monge en voz alta,
 Responde en voz débil ella;
 El pregunta: — *¿no es así?* —
 Y ella — *sí padre* — contesta.
 Parece segun lo exacto
 Con que pregunta y acierta,
 Que está el confesor leyendo
 La pregunta en la conciencia.
 Decía el monge:

— *¿Una noche?* —

— *Sí padre.* —

— *¿Las doce eran?* —

— *Si padre.* —

— *¿Zumbaba airada*

En las torres la tormenta? —

— *Si padre.* —

— *Amáis á Don Mendo?*

— *Sí padre.* —

— *¿Y sabéis que es fuerte*

Guardar entera la honra
Que un hombre á su esposa entrega?

—Ved, padre, que yo dormia.

—¿Y quien guardaba las puertas,
Que así osó llegar un hombre
Hasta la cámara vuestra?

¿Sabeis que no bastan llaves,
Murallas, ni centinelas,
Para guardar dignamente
La fama y la honra agena?

¿Sabeis que son las mujeres
Solo un arca donde cierran
Todo su honor los maridos
Con candados de vergüenza?

¿Sabeis que mujer sin honra
Es solo un padron de afrenta
Que eternamente en el rostro
El vendido esposo lleva?—

—Ved, padre, que yo dormia:

¡No fué crimen, sino fuerza!—

—¿Y no pedisteis á Mendo
Venganza horrorosa y presa?—

—Faltóme, padre, el valor.—

—¡Luego fué traición completa,
Pues que lanzásteis el dardo
Y escondísteis la ballesta!—

Trémula, medrosa, ahogada
La frente contra la tierra,
El rostro entre las dos manos,
Chamó acelerada ella:

—¡Callad, padre, y si pequé
Imponedme penitencial
En esto alzó la cortina
Don Mendo que tal oyera,
Y asiéndola del cabello
La dijo:

—¡Pues que confiesas
Que cometiste la culpa,
Sufre, traidora, la penal—

Y escondiéndola la daga
Dentro la garganta mesma,
Luchando con la agonía
Sobre la alfombra la suefa.

A su espalda en este punto
Horrible, insultante, hueca
Oyóse una carcajada,
Y el capellan con violencia
Poniendo mano al estoque
Gritó á Don Mendo en voz recia:
—«Yo asesiné á Margarita,
Y lavé mi honra en la vuestra.
Don Mendo, yo soy *Ruy Pérez*,
Que ha tres años que os acecha,
Que os acosa y os persigue,
Porque sabe, aunque le pesa,
QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.

FIN



BIBL. UNIV. - LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



489298

BIG 860-3 CUE cue

